

DELITO DE FUGA

CHRISTOPHE LÉON



Siruela

DELITO DE FUGA

Christophe Léon

Traducción del francés de
Julia Alquézar

 Siruela

Las Tres Edades

Créditos

Edición en formato digital: octubre de 2014

Título original: *Délit de fuite*

En cubierta: fotografía de © Jorgophotography / Can Stock Photo

Colección dirigida por Michi Strausfeld

2011 Editions La Joie de lire S. A.

Originally published under the title:

Délit de fuite by La Joie de lire S. A.,

5 chemin Neuf, CH-1207 Genève

© De la traducción, Julia Alquézar, 2014

© Ediciones Siruela, S. A., 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-85-2

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

DELITO DE FUGA

Este viernes mi padre ha decidido que nos iríamos directamente.

Viene a buscarme dos veces al mes a casa de mamá, de la que está divorciado, para llevarme el sábado por la mañana de fin de semana al campo.

Decir que se lleva bien con mi madre sería mentir. No consiguen hablar ni un minuto sin buscarse las cosquillas. Y yo tengo el honor de ser su tema de discusión preferido. A veces tengo la impresión de que me reprochan ser el único lazo que todavía los une. Soy como sus grilletas. El patito feo que les recuerda su pasado común y que, según parece, preferirían olvidar.

Papá tiene una casa a unos doscientos kilómetros. «La única cosa que tu madre no me ha reclamado», me confió un día, sin ocultar su amargura. Es cierto que, en aquella época, esa choza era más una ruina que una segunda residencia. Nos dedicamos a restaurarla durante los dos primeros años. Los fines de semana tenían cierto regusto a trabajos forzados.

Tardamos en llegar más de dos horas y media en coche. La mayor parte del trayecto vamos por la autopista, con el limitador de velocidad conectado, papá con las piernas cruzadas, las manos en el volante y la mirada perdida en el horizonte.

Levantamos el campamento el sábado al alba. Me duermo desde los primeros kilómetros. No vuelvo a abrir un ojo hasta que el contacto está quitado, hemos llegado a buen puerto y papá ya no está en el coche sino en el jardín, olisqueando el aire como un cachorro. Me gusta verlo así, feliz. Con la cabeza erguida, los brazos extendidos por encima, haciendo flexiones y extensiones, la camisa por fuera del pantalón y el pelo pegado a la nuca por el sudor del viaje. No me apresuro a reunirme con él. A mi edad, tengo suficiente mollera como para darme cuenta de que ese momento le pertenece solo a él.

Después de una o dos series de ejercicios, se vuelve, mira hacia mí y grita:

–¡Venga, Sébastien! ¡Sal del coche! ¡Hemos llegado de una pieza!

El ritual se repite cada vez. Como si no pudiéramos afrontar el par de días sin ese ceremonial ridículo.

Sin embargo, este viernes es diferente de los otros. Mi padre ha quedado con un fontanero para esta misma tarde. «Todo el mundo sabe que los fontaneros no trabajan el sábado, así que, cuando pillas a uno, no hay que dejarlo escapar...», me ha dicho para justificar nuestra salida precipitada.

Son las cinco de la tarde. Las calles están abarrotadas de coches. Es complicado circular. Papá pierde los nervios. Golpea el volante con la mano abierta. Toca el claxon sin parar. Increpa a los otros conductores mientras masculla palabras de enfado contra el parabrisas.

–No más tarde de las ocho, eso ha dicho el fontanero... –farfulla.

Apenas tenemos tres horas. La marea de coches no deja de crecer. Se diría que toda la ciudad ha quedado con *nuestro* fontanero y que el primero que llegue será el primero en ser atendido.

No hace falta decir que no duermo. Mi padre se encarga de mantener el nivel sonoro dentro del vehículo en lo más alto.

–¡Eh! ¡Hijo de puta! ¡Si no sabes conducir, cómprate un burro!

Y así sucesivamente, modula el insulto hasta alcanzar el límite en los agudos y en la grosería.

Al final, conseguimos salir del atasco y coger el desvío a la autopista. Desde ese momento, mi padre conduce pisando a fondo, haciendo rugir el motor de su Rover.

–Llegaremos, sí... Llegaremos –masculla a intervalos regulares.

Me he traído mi videoconsola y me tiro un largo rato intentando cargarme a un montón de monstruos para pasar al nivel superior, el que me propulsará al grado de *warrior-killer*. Es un juego idiota y eficaz. No soy un pringado, pero embrutecerse de vez en cuando nunca le ha hecho daño a un genio... como yo. Estoy destripando a un hombre dragón, que me recuerda a mi profe de mates, cuando mi padre suelta un juramento ahogado, seguido de inmediato por una retahíla de insultos contra una multitud de ojos rojos y luminescentes: las luces de freno de los coches que nos preceden.

–¡No es posible! ¡Un atasco!

Adiós al fontanero. Adiós al baño caliente. Adiós a la cisterna. Adiós a las comodidades modernas.

–Dejamos la autopista. Debe de haber un accidente... –augura, remarcando sus palabras con gestos.

Con un volantazo, mete el Rover en el arcén, provocando un concierto de cláxones y ráfagas de luces.

La noche ha caído. Pisa aún más el acelerador, aunque el coche ya va a toda velocidad.

–¿Te da miedo tener un accidente o que te pare la poli yendo a esta velocidad?

–¡Me importa una mierda! Me juego el todo por el todo –responde mi padre, completamente obnubilado por su cita.

La verdad es que no tengo miedo. Papá conduce bien –cuando no está en juego la fontanería, claro– y confío en él. Como mucho, se arriesga a perder los puntos del carné y a pagar una multa importante. Según parece, le merece la pena.

Dejamos la autopista, pasamos el peaje sin dificultades y nos metemos en una comarcal. Se trata de una de esas carreteras rurales que colecciona socavones y cuya calzada está tan deformada que merecería un puesto en el libro de los records mundiales. Necesito un cuarto de hora largo para acostumbrarme a los botes, a estamparme contra la portezuela, a los choques con el techo del coche, y a que mi cabeza se haya convertido en un *punching ball*.

Papá avanza a tumba abierta, insensible al hecho de que navegamos en un mar de asfalto encrespado. Atravesamos un primer pueblo, luego otro antes de no ver en los haces de los faros más que vallas, campos y árboles fantasmales.

–¿Falta mucho?

–¡No lo sé, por Dios! –se enfada mi padre.

Clava el pie en el acelerador y el Rover está a punto de echar el hígado. Rechina y salta hacia delante. De un momento a otro espero ver cómo se desparraman las piezas del motor entre fuegos artificiales provocados por el aceite y el refrigerante.

El reloj incrustado en el salpicadero al lado del cuentarrevoluciones indica las siete y veintidós. Es casi un insulto. El tiempo se nos escapa. Nunca llegaremos a la hora. Mi padre gruñe. Echa pestes. Se acuerda de todos los santos. Se le crispan los dedos sobre el volante y le tiemblan las piernas por los nervios.

–¡Ah! –berrea de repente–. Casi estamos, reconozco el sitio. Cuando pasemos el próximo pueblo nos quedarán apenas cinco kilómetros. ¡Está hecho, coño! ¡Está hecho! ¡A mí con la fontanería y sus misterios!

Ahora papá silba mientras va marcando el compás con una mano. A lo lejos, aparecen las primeras luces del pueblo. Incrustaciones en positivo de pequeños lunares en la oscura mejilla de la noche. Me siento aliviado. Feliz de que la pesadilla llegue a su fin. Estaba hasta el gorro de que me sacudiesen en todos los sentidos.

Papá entra en el pueblo sin levantar el pie. La aguja del velocímetro está detenida en el 100.

–A esta hora y en este pueblucho no hay ni un alma –se justifica.

El alumbrado municipal no ilumina gran cosa y es cierto que el lugar está desierto, aparte de un gato o dos que huyen a nuestro paso, aplastándose contra el suelo. A la luz de los faros, vemos apenas a un centenar de metros el cartel que indica el final de la aglomeración.

Cojo la consola que había dejado entre mis piernas. Me dispongo a destripar monstruos a granel... cuando, de repente, delante de nosotros una silueta indistinguible sale de un coche aparcado a la derecha. La portezuela se abre, casi al ralenti. La silueta aparece. Al principio encorvada, se incorpora y luego se vuelve en nuestra dirección. Sus ojos brillan en la noche, igual que los de los gatos cegados por los faros. La cosa informe se detiene, sorprendida por el bólido que arremete contra ella. Papá no tiene tiempo de frenar. La parte delantera derecha del Rover la golpea con una violencia inaudita. La mujer –porque es una mujer, durante una fracción de segundo he visto su falda volar por encima de sus caderas en el momento en el que la hemos arrollado– despega del suelo. Desaparece en la noche. El ruido en el momento del choque es interminable. Luego, nada. Solo el motor. La carretera. La noche. Mi padre. Y yo.

Te llamas Loïc. Nunca te ha gustado ese nombre. Tu padre murió cuando tenías seis años. Te gustaría acordarte de él, sin embargo su imagen se vuelve cada día un poco más borrosa. Por supuesto que hay fotos, pero las miras cada vez menos. En un marco de plata, la foto de la boda de tus padres preside la mesilla de noche de tu madre. Tu padre lleva un curioso bigotito sobre el labio superior. «Ridículo», piensas. Está pasado de moda. Detestas esa fotografía. Te hubiera gustado estudiar, pero no era lo tuyo. Así que te haces aprendiz y terminas una formación de trabajador agrícola en una granja cercana. Tu madre está orgullosa de ti. Y lo detestas. Tu padre era militar, sargento en el Ejército de Tierra. Militar, eso sí que te gustaría. Tu madre, sin embargo, se opone. «Cuando seas mayor, harás lo que quieras, mientras tanto, aprende un oficio que te dé de comer», dice. Y eso es lo que haces, pero de aquí a un año, te enrollarás en los paracas. Dejarás este agujero. Vivirás tu vida. Tu madre estará bien. Tiene la pensión de tu padre, muerto en acto de servicio. Se las apañará. Sabes que la harás sufrir. Llorará, pero así es la vida. Mientras esperas, intentas no ponérselo demasiado difícil. Eres lo que se dice un buen hijo. A menudo en el pueblo te ponen de ejemplo. La gente suele decir: «Loïc sí que es un hijo que hace honor a su madre». En cierto modo, eso te resulta agradable. Por la noche, cuando vuelves de la granja vecina, besas a tu madre en la mejilla. Te sonrío. Te gusta verla sonreír: es uno de los momentos que más añorarás cuando seas soldado. En invierno, prepara el fuego en la chimenea. En verano, una naranjada te espera en la mesa de la cocina. Eso podría ser la felicidad, si este pueblo no fuera un villorrio perdido en ninguna parte y si tu padre siguiera con vosotros. En su época vivíais en el cuartel. Para un chaval, la cueva de Alí Babá. Militares. Armas. Órdenes. El toque de corneta. La bandera ondeando en lo alto del mástil. El patio de armas donde jugabas a la rayuela después de la escuela. Y tu padre, cuyo rostro se funde como nieve al sol, tu padre que volvía por la noche, oliendo a sudor y a cuero húmedo.

Solo el deporte llena un poco tu existencia. El domingo, los partidos en el estadio. Eres delantero centro. Vuestro equipo no es el mejor, ni mucho menos. Te gusta jugar al fútbol. Marcar goles. Contraatacar. Luchar. Vivir, vaya. Es tu única distracción. Nunca vas a regañadientes a los entrenamientos los martes y los viernes por la noche. Quieres agradar al entrenador. Quieres que tus compañeros de equipo te respeten. Quieres demostrar a todos que eres un hombre. Uno con madera de buen soldado. Sueles volver a pie del estadio. Atraviesas el bosque para atajar, como mucho tardas diez minutos. Ese viernes, sin embargo, tu madre y tú cenáis en casa de unos amigos, en el pueblo vecino. Esa gente no te gusta demasiado. En esas cenas siempre se charla de cosas sin interés. Te aburres. Eres el único joven. Tu madre quiere que la acompañes y le gusta decir que eres su «caballero de brillante armadura». Detestas esa expresión.

La víspera lo intentaste todo para no ir. Incluso os peleasteis. Ella lloró. Tú gritaste.

Dijo: «Qué le voy a hacer...», con un suspiro que te crucificó. Y al final cediste. Así que, este viernes, cuando subes al coche de tu madre, que ha venido a buscarte a las siete al final del entrenamiento, sabes que te ha embaucado.

Tardáis unos quince minutos en llegar a casa de los amigos de tu madre, y aprovechas ese cuarto de hora para defender tu causa. Dices que te encuentras mal. Tu madre sonrío. Dices que no tienes ninguna gana de ir. Tu madre sonrío. Dices que estás harto de esas cenas exasperantes. Tu madre sonrío. Dices: «Qué ganas tengo de cumplir dieciocho». Tu madre ya no sonrío.

A mediados de noviembre a esa hora ya ha anochecido. Te gusta este mes, cercano al invierno. Cuando aprieta el frío. La lluvia, porque limpia la naturaleza. La bruma cuando por las mañanas te levantas para ir a currar. La piel humeante de las vacas en el establo. El olor de la paja, del estiércol y la voz del campesino que te tiene contratado y te saluda con un manotazo en la espalda. A veces te dices que echarás de menos todo esto.

Tu madre conduce prudentemente. Siempre ha tenido miedo al volante. Siempre te choteas de ella. «¡Eh, mamá!, échate a la derecha, que nos pide paso un caracol». Y eso te hace reír hasta las lágrimas. A tu madre no. No le gusta que la distraigan cuando conduce. Este viernes, aparca el coche junto a la acera delante de la casa de sus amigos. Lo consigue al segundo intento. Nunca se le ha dado bien aparcar. Echa el freno de mano y apaga el contacto. «Ya estamos», dice. Meneas la cabeza y te desabrochas el cinturón de seguridad. Tu madre hace lo mismo. Abre la portezuela y pone un pie fuera.

De repente, los faros de un coche en el retrovisor. Te vuelves maquinalmente. Tu madre ya ha salido. Se incorpora. El coche va demasiado rápido. Lo sabes, pero no te lo puedes creer. Antes de darte cuenta, es demasiado tarde. El coche ya ha pasado.

«¡Mamá!», has gritado para prevenirla. Pero cuando miras en su dirección, tu madre ha desaparecido. «¿Mamá?», preguntas. Un segundo después, está de vuelta. Cae pesadamente en la calzada, a una decena de metros. No, no ha caído. Se ha estrellado. No entiendes nada. ¿Qué hace tu madre? Y luego, el silencio. Tú, en el coche. Tu madre, tirada en la calzada. Y el silencio.

Ahora grito. Aúllo. Babeo.

–¡Papá! ¡Papá! Papá...

No encuentro las palabras. ¡Solo puedo repetir «papá»!

Acabamos de golpear a alguien. Hemos chocado de frente con una mujer. La he visto. Sus ojos. Su falda. He asistido a la escena como un espectador impotente. Por un momento he creído que mi padre iba a parar, a aparcar el coche y ayudar a la mujer. Demasiado impresionado para reaccionar, he esperado que aparcara. Que saliera del coche y corriera hacia la víctima. Pero mi padre no ha disminuido la velocidad, al contrario. Lo he mirado, atónito. Tenía las mandíbulas apretadas. La mirada fija. Había hecho un gesto sorprendente: había apagado las luces del coche. Circulábamos a toda velocidad por la noche y sin luces.

–¡Papá! ¡Hemos atropellado a alguien! ¡Papá!

No rechistaba. No decía nada. No me miró ni una vez, no apartaba los ojos de la carretera, con fijeza, como alucinado. Yo tenía miedo. Temblaba. Tenía dificultades para controlar mi respiración. Sentía que me asfixiaba. Mis gritos no cambiaban nada. Mi padre conducía a través de la noche. Una máquina.

Entonces, lo golpeé con todas mis fuerzas. En los brazos. En las piernas. Como podía. Golpeaba y gritaba.

–Pero ¡da media vuelta! ¡Has atropellado a alguien! ¡Te lo pido por favor! ¡Para el coche!

Nada. Mi padre actuaba como si fuera sordo e insensible. Tenía ganas de machacarlo a golpes. De molerlo a palos para obligarlo a detenerse.

–¡Cálmate, Sébastien!

Son sus primeras palabras después del accidente. Hace cinco minutos. Sin dejar de conducir, me pide que me calme. Pero hiervo con una violencia irreprimible. Redoblo los golpes. Veo que reacciona. Es mi padre. ¡Mi padre!

Cuando era pequeño, antes de dormirme, a menudo me imaginaba prisionero en un castillo, en manos de terribles asesinos. Inventaba una historia en la que mi padre venía a salvarme. Se cargaba a un centenar de mis raptos, corría riesgos increíbles y me liberaba. Me izaba sobre sus hombros y me llevaba. Estaba orgulloso de mi padre. En el patio del colegio, contaba que mi padre era un explorador, un sabio, un genio, un superhombre. Yo era el hijo del hombre más valiente del mundo.

–¡Cállate!

Papá acompaña esta orden con un guantazo que suelta con una sola mano, la derecha.

La bofetada es seca y violenta. Me arde la mejilla.

–Cállate, por favor... –añade con voz cansada.

Me sorbo los mocos ruidosamente. Me pican los ojos. Sudo por todos los poros del cuerpo. Como reacción, decido darle la espalda, y pego la cara contra el cristal del coche. Mudo.

Veo un árbol, un trozo de campo, el oscuro tejado de una casa. La banda gris del humo que sale de una chimenea. Una nube desgarrada en el cielo carbonoso. Naderías que me apaciguan. Me duermo. Levanto un muro protector entre el mundo real y yo. El sueño me protege. Cuando me despierto, la pesadilla habrá terminado. Papá y yo habremos llegado. El coche estará delante de la casa al lado de la del fontanero...

¿Cuánto tiempo he dormido? Cuando me despierto, seguimos circulando. Prácticamente es de día.

–¿Estás mejor? –pregunta mi padre.

Me vuelvo hacia él. Me duele el cuello. He debido de coger una mala postura al dormir.

–Sí, estoy bien. ¿Dónde estamos?

–En la carretera.

–Volvemos.

–No.

La barba de papá ha crecido. Una sombra azulada tiñe sus mejillas. Necesito uno o dos minutos para acordarme...

–¡Papá!

–¿Sí?

–El accidente.

–¿Sí?

–Papá, ¿por qué?

–¿Por qué qué?

–¿Por qué no te has parado?

Resulta extraño poder hablar tan libremente de ello. Como si ya no tuviera que ver conmigo. Echo una ojeada a la hora en el reloj del salpicadero. Son las ocho menos cuarto de la mañana. ¿Hemos viajado toda la noche? Pero ¿por dónde? No reconozco nada. Mi padre no ha respondido a mi pregunta.

–Papá.

–¿Sí?

–¿Dónde estamos?

–En alguna parte.

–Y ¿qué vamos a hacer?

Papá calla. Tiene los ojos enrojecidos. Los párpados hinchados. Una gota de sudor le brilla en la sien.

–El accidente, papá...

Lentamente, gira la cabeza hacia mí. Me mira. Luego, vuelve a la carretera. Con una

voz descarnada me dice:

–No ha habido ningún accidente. Tienes que olvidarlo. Nunca ha habido un accidente.
Punto final. ¿Has entendido?

Me sentaría bien llorar, pero no lo consigo. Estoy seco, hecho polvo.

Un pesado silencio se instala en el coche. Ya no me atrevo a decir una palabra. Mi padre enciende la radio. Una emisora musical. No de las que le gustan. Una de las mías. *Skyrock*. «La radio de los imbéciles», acostumbra a decir cuando le insisto para que la ponga. Esa mañana de sábado estoy de acuerdo. Los cantantes que berrean en la radio me ponen la piel de gallina. Los comentarios de los presentadores son a cuál más tonto. Cada sonido que sale de la radio me destroza los nervios.

–¿Podríamos apagarla, por favor?

–Como quieras.

Papá aprieta un botón. Vuelve el silencio. Oigo la respiración de mi padre. Mientras yo estoy asfixiado, él sigue respirando tan tranquilo después del drama que acabamos de vivir.

De repente, me doy cuenta de que mi padre quizá sea un asesino. Esa idea me da miedo y me emociona a la vez, lo que me avergüenza.

–Papá.

–Hum...

–¿Crees que está muerta?

–Te he dicho que no ha pasado nada.

–Papá, has atropellado a alguien.

–No.

–¿Qué?

–Que no.

–Pero...

–¡Cállate!

Mi padre entra en el área de una estación de servicio. Aparca el Rover un poco apartado y sale.

–Ve a estirar las piernas, enseguida vuelvo –dice antes de cerrar la portezuela.

Con paso rápido, se dirige hacia el local de la estación de servicio. Salgo también del coche. El aire fresco de las primeras horas de la mañana es como un latigazo. Me siento mejor. Avanzo algunos metros antes de estirarme. Delante de mí hay un bosque. Huelo el humus. Respiro a pleno pulmón. El rocío rodea con una película translúcida la hierba amarillenta. El graznido de un cuervo resuena en alguna parte por encima de mi cabeza.

Veo a mi padre discutir con el empleado de la gasolinera. Salen juntos del local. Mi padre tiene en la mano un bidón. El empleado descuelga una manguera y comienza a llenarlo. Papá sigue sujetando el asa. Están los dos inclinados hacia delante, casi frente con frente.

Al regresar al coche, la vuelta a la realidad surge como un diablo que sale de una caja sorpresa. La parte delantera derecha del capó está abollada. Muy poco para lo violento del choque. Una marca del diámetro de un balón de fútbol, sin apenas profundidad. Falta

un trocito de la calandra. También hay un arañazo verde. El Rover es negro. Me imagino que es el color del vehículo de la víctima.

El corazón me da un vuelco. Huyo hacia el bosque y vomito en el lindero. Bilis. Al intentar recuperar el aliento, me da hipo, y entonces alguien me pone una mano en la nuca.

—¿Te encuentras mal, Sébastien?

Mi padre está detrás de mí. Sostiene el bidón en la mano izquierda. Me enderezo.

—No, estoy bien...

—Perfecto. Entonces nos vamos. ¿Necesitas algo?

—No, gracias.

Papá guarda el bidón en el maletero y volvemos a la carretera. No me ha dado ninguna información sobre el lugar al que nos dirigimos. Somos como dos extraños.

Papá me mira de soslayo, de vez en cuando, sin volver la cabeza. Por mi parte, observo sus reacciones. Siento que me acecha un peligro inminente. Me gustaría estar en otra parte. No volver a ver a mi padre. Ni siquiera llego a detestarlo. No lo culpo. Simplemente me doy cuenta de que no lo conozco. Mi padre es un desconocido.

Después de una media hora, papá coge el desvío que lleva a la autopista. Volvemos sobre nuestros pasos. El primer letrero que veo nos sitúa a quinientos treinta kilómetros de casa de mamá. No me atrevo a decir nada. Circulamos por debajo de la velocidad autorizada desde hace unos diez minutos, cuando mi padre toma la entrada de una área de descanso. Aparca el coche bastante lejos de la zona de servicios.

—Sal —ordena.

Rodea el Rover y me coge de la mano. Me sobresalto, pero no me suelta. Me lleva aparte, a cincuenta metros del coche.

—No te muevas de aquí, ¿entendido?

Vuelve al coche. Coge el bidón del maletero. Mira a derecha e izquierda. Luego, va a la parte de delante y abre el capó. Mira de nuevo a su alrededor antes de vaciar el contenido del bidón sobre el motor caliente. Oigo con claridad el chisporroteo de la gasolina sobre el acero ardiente.

Papá está de nuevo delante del maletero. Tira dentro el bidón y retrocede. Se mete la mano en el bolsillo. Lo veo hacer un gesto breve y rápido, como si arrojara un bumerán por encima del techo del coche. El coche se prende fuego.

Mi padre espera unos segundos antes de precipitarse hacia los primeros vehículos estacionados en el área de descanso. Grita y gesticula. Una pareja llega hasta él. El hombre corre hacia su coche. Vuelve con un extintor. Pero es demasiado tarde. El Rover está en llamas. Acercarse demasiado sería peligroso.

Estoy sentado al lado de papá en el bordillo de una acera, delante de los aseos del área de descanso. Me repite que no pasa nada. Que lo importante es que estemos vivos. Lo dice más que nada por las personas que nos rodean. Me ha pasado un brazo por los hombros. Siento vergüenza. Vergüenza de mí mismo. Le han dejado un teléfono móvil. Por lo que cuenta, no ha tenido tiempo de recuperar el suyo.

–Se me han quedado todos los papeles en el coche –gimotea.

La gente se compadece. Papá llama al seguro. Nadie se extraña de que se sepa el número de memoria. Llaman a ayuda en carretera. Una furgoneta de la gendarmería llegará en seguida. El caso es no dejar lugar a dudas. Hay testigos. El motor ha ardido. Por suerte, no hay heridos. Es lo esencial.

Luces. Muchas luces. Estás rodeado. Los faros giratorios de las ambulancias y de los vehículos de la gendarmería tatúan la noche con destellos azulados. Estás sentado en la acera. Joseph, el amigo de tu madre a cuya casa ibais a cenar, te ha puesto una manta sobre los hombros. Él ha llamado a urgencias.

Tiemblas. No tienes frío, pero tiemblas. Julienne, la mujer de Joseph, te trae un chocolate caliente. Lo coges y lo sostienes entre las manos. Un gendarme acaba de tomarte declaración. Poca cosa. Prácticamente no has visto nada. Todo ha sido muy rápido.

–No se preocupe, todo se arreglará –te ha consolado antes de alejarse.

Por ahora no te dejan ver a tu madre. Está en la ambulancia desde hace veinte minutos. Joseph va a buscar noticias. Vuelve. Levantas la cabeza y lo interrogas con la mirada.

–Todavía no pueden llevársela... –dice.

Bajas la mirada. El chocolate humea entre tus manos. Varias ventanas se han iluminado. Se han descorrido algunas cortinas. Unas siluetas han aparecido detrás de los cristales, para esfumarse después.

Te vienen recuerdos desordenados a la cabeza. La vez en la que te rompiste los dos brazos al caerte de un árbol. El rostro reconfortante de tu madre cuando te llevó a urgencias. Su sonrisa, que te tranquilizaba. Vuelves a verla, por la noche, en tu habitación de hospital, velando por ti. Por la mañana, mientras te arregla la ropa de la cama y te sube la manta hasta los hombros, te dice:

–Todo está bien, cariño. Mamá está aquí.

Esa noche, tu madre está echada en una camilla en la ambulancia. Las sirenas han parado. El chocolate se te enfría en las manos. De repente, piensas en el futuro. Te imaginas solo, responsable, libre. Intentas apartar esa idea. Inmediatamente otra la reemplaza. Te ves estrechando manos, abrazando a la gente, escuchando su llanto: es el entierro de tu madre. Entonces, te levantas de un salto y corres hasta la ambulancia. Un gendarme te cierra el paso.

–Por favor, no. Estese tranquilo. El médico le dirá cuándo puede verla.

Solo estás a un metro. Joseph te coge por el codo.

–Ven.

Te arrastra hasta el otro lado de la calle. Tú te dejas hacer. Un coche llega, aminora, luego se aleja. Tienes la esperanza de que sea ese, pero no. Ese se ha dado a la fuga. El conductor ha huido, mientras os dejaba a tu madre y a ti solos en el mundo.

–¿Quieres entrar en casa a descansar un poco? –pregunta Joseph.

No tienes tiempo de responderle. La puerta de la ambulancia se abre. Un hombre baja. En la espalda de su chaqueta se lee en grandes letras azules: SAMU. Mira a derecha e

izquierda. Un gendarme le hace un gesto, apunta con un dedo hacia ti. El hombre cruza la calle.

–¿Es usted el hijo de la víctima?

¿La víctima? Esa palabra estalla en tu cabeza. Haces un esfuerzo para contenerte.

–Es mi madre, sí... –dices sin dejar de apretar los dientes.

–Soy el médico que se ocupa de ella. Podremos llevárnosla al hospital de aquí a unos minutos...

–¿Cómo está?

–Ha... ha sufrido un traumatismo craneal severo. Por ahora está en coma. También tiene una fractura de la cadera y del codo derecho, pero no es lo más grave. Habrá que hacerle más pruebas. Debemos comprobar si ha sufrido daños en el cerebro...

–Pero ¿saldrá de esta?

El médico mira a Joseph antes de continuar.

–El pronóstico es reservado. No podemos pronunciarnos por ahora, pero procure tranquilizarse, haremos todo lo que podamos por su madre.

Después de eso, ya no sabes nada. Los gestos se vuelven automatismos. Subes en el coche de Joseph y os ponéis en marcha. Seguíis a la ambulancia. Llegáis a urgencias. Los de la ambulancia empujan la camilla. No reconoces a la persona echada encima. Unas puertas se abren. Se vuelven a cerrar.

Joseph te sostiene la mano. Os sentáis en una sala de espera. Hay carteles en las paredes blancas. Sin darte cuenta, te has quedado con el vaso de chocolate entre las manos. Está vacío. No recuerdas habértelo bebido.

–Dame –dice Joseph.

Coge el vaso y va a tirarlo a la basura. Vuelve a sentarse a tu lado.

–¿Estás bien?

No respondes porque no sabes qué responder. Os quedáis así, silenciosos. El olor a medicamentos del hospital te revuelve el estómago. Respiras por la boca. Casi jadeas.

–¿Estás bien? –repite Joseph.

Sigues sin responder. Cierras los ojos. Te esfuerzas por pensar en tu madre, en recordar algún buen momento. El mejor. ¿Cuál ha sido el día más bonito de vuestra vida? Te exprimes las meninges, pero sin resultado. Desde la muerte de tu padre, tu madre y tú os habéis peleado a menudo. No te comprende. Le reprochas que te acose, que no te deje vivir tu vida, que sea una dictadora con faldas. Tú...

–¿Es usted Loïc Marchadet?

Una mujer con traje de chaqueta está de pie delante de ti.

–Sí, es él –responde Joseph.

–¿Es usted su padre?

–No... un amigo de la familia.

–¿Loïc? –insiste la mujer.

A tu madre le gusta cuando preparas el desayuno. Los domingos, cuando tenías catorce años, cogiste la costumbre de llevárselo a la cama. Te instalabas a su lado. Devorabais los cruasanes y tu madre reía. Una risa aguda, cristalina. Esparcíais las migas

a vuestro alrededor. Manchas de grasa aureolaban las sábanas.

–¿Loïc? –insiste de nuevo la mujer.

Joseph te sacude el brazo. Vuelves en ti. Levantas la cabeza y descubres a la mujer. Tiene una melena larga y negra, que le cae en cascada por los hombros.

–¿Sí?

–¿Podría seguirme hasta recepción? Tiene que rellenar unos papeles.

–¿Cómo está mi madre?

–La están examinando. Más tarde los médicos le informarán. Si es tan amable de seguirme...

Eres demasiado mayor como para llorar como una magdalena y demasiado joven como para no llorar. Resultado: te muerdes el interior de las mejillas. Sangras. Muerdes. Continúas hasta que te duele demasiado. Cuando sales del despacho de la mujer, después de haber respondido a sus preguntas administrativas, encuentras a Joseph.

–La noche va a ser larga –dice.

Te encoges de hombros. Lo precedes. Vuelves a sentarte en la sala de espera.

Son las tres de la mañana cuando un médico con bata verde entra. Te has adormilado. No has soñado. Te despiertas y no sabes exactamente dónde estás. El médico se encuentra delante de ti, en el lugar que ocupaba la mujer.

–¿Loïc Marchadet?

De repente, tienes ganas de responderle: «No, soy Micky Mouse...». Se te escapa una sonrisa involuntaria. El médico hace una mueca. La expresión de su cara se vuelve más dura. ¿Qué piensa de ti? Te da vergüenza. Buscas a Joseph con la mirada, pero no está allí. Quizá en el lavabo.

–Sí, soy yo –respondes finalmente.

–Hemos operado a su madre. La operación ha ido bien. Ahora está en recuperación. Será mejor que vuelva a su casa, nosotros lo llamaremos para decirle cuándo puede verla.

–¿Qué tiene?

–Un traumatismo craneal que le ha provocado un hematoma cerebral. Hemos reducido la fractura de la cadera y enyesado la del codo. Hay que esperar a que se despierte para estar seguros. Así que, chico, te aconsejo que vuelvas a tu casa, duermas un poco y mañana te daremos más información.

Su tono paternalista te desagrada. Te dispones a decírselo cuando llega Joseph, con la cara húmeda y los ojos hinchados. El médico está aliviado al ver a un adulto. Se vuelve hacia él.

–¿Está usted con este joven?

–Sí –responde Joseph.

Hablan entre ellos pero tú ya no escuchas. Piensas en tu madre. Piensas en el traumatismo. Piensas en la operación. Y, por primera vez desde el accidente de tu madre, permites que las lágrimas fluyan. Corren a borbotones por tus mejillas, acompañadas de sollozos ahogados. Joseph y el médico dejan de conversar y te miran. Tú ya no los ves.

Nunca he bebido hasta ahora. Como mucho un dedo de champán en algún cumpleaños. No me gusta el sabor del alcohol. En mi familia no bebe nadie. Mamá se contenta con refrescos que va tomando a lo largo del día. Su nuevo trabajo la acapara. Vuelve tarde por la noche, cena y se acuesta enseguida. Su expresión favorita: «¡Estoy reventada!». Me pregunta de vez en cuando si todo va bien en el colegio. Le respondo lo que ella quiere oír. «Sí, perfecto». Me sonrío, me besa en la frente y vuelve pitando a sus ocupaciones.

Uno de cada dos viernes, mi padre viene a buscarme, vamos a su casa y al día siguiente al campo. Nunca hablamos del accidente. No hemos vuelto a hablar de eso desde hace tres meses...

La noche del sábado que volvimos en tren, después de que el Rover ardiera en la autopista, mi padre me recitó la lección. «De una vez por todas», precisó con un tono seco, que no dejaba lugar para ambigüedades. A pesar de la advertencia, he vuelto a poner el tema sobre la mesa.

Yo estaba traumatizado. Dormía mal. Tenía pesadillas. Como en un bucle, volvía a ver el accidente, la fuga y el Rover en llamas. Tenía miedo. El pánico se apoderaba de mí. Quería que me consolara, que asumiera totalmente la culpa, que me dijera que yo no tenía nada que ver. Él era el culpable. No yo.

Finalmente, mi padre me agarró por los hombros con firmeza. Noté sus uñas a través de la ropa. Estaba harto de mis preguntas y mis insinuaciones. Me miró directamente a los ojos como hacen los adultos cuando quieren meterte algo a la fuerza en la cabeza.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡No ha pasado nada! ¿Me oyes? ¡NADA! ¿O acaso quieres que vaya a la cárcel? ¿Eh? ¿Eso quieres?

Aflojó la fuerza con la que me sujetaba. Subió la mano derecha hasta mi nuca y la dejó allí. Noté cómo el calor de su mano se extendía por mi cuello. Me hacía sentir incómodo.

—Mira... Fue una cuestión de mala suerte. Es así. Estábamos en el sitio equivocado en el momento equivocado. Y ¿crees que por eso tenemos que sufrir las consecuencias el resto de nuestras vidas? Te aseguro que no somos los responsables. Además, estoy seguro de que no fue tan grave. La prueba es que no ha pasado nada desde entonces. La vida ha retomado su curso, Sébastien. Siempre lo hace. Que esto te sirva de lección.

Me soltó la nuca y sentí que me traspasaba con la mirada. Tuve la sensación de que una sonda me hacía papilla el cerebro.

—A veces —continuó—, la verdadera responsabilidad de un padre reside en pensar en los demás. Y allí, aquel día, pensaba en ti. Me necesitas, un hijo necesita a su padre... ¿O acaso te ves, a tu edad, pegado siempre a las faldas de tu madre? Sébastien, presta atención: te pido que no volvamos a hablar *nunca más* de esta historia. Se acabó.

Olvidada...

Hizo una pausa, como para dejarme tiempo para asimilarlo.

–Debemos procurar que todo vuelva a ser como antes, ¿de acuerdo, Sébastien?

No respondí. Creo que, en realidad, ni siquiera deseaba oír el sonido de mi voz.

En aquel momento, su discurso me pareció muy sensato; solo más tarde, al reflexionar, comprendí que mi padre era un cobarde. Pero ¿qué podía hacer? Por supuesto, no me planteaba contarle ni denunciar los hechos a la policía. Tampoco podía hablar con mamá. Tendría que haberlo hecho el primer día.

Estaba solo ante un problema que me sobrepasaba. Ni siquiera podía hablar de ello con los compañeros del colegio. No me veía llegando y diciendo: «¿Qué hay? No os lo vais a creer... mi padre es un asesino».

Por otra parte, no sabía si lo era. ¿Estaba muerta la mujer? Ni idea. ¿Quería saberlo? No. Tenía que seguir siendo una desconocida. Un poco como en la guerra... Si uno tuviera que matar a personas que conoce, no habría más guerras... Bueno, eso creo.

No sabría decir cómo se me ocurrió. Lo que sé es que quiero olvidar. Olvidarme. Mamá tiene una reunión esta noche. Al volver del colegio, he hecho unas compras en un supermercado, bastante lejos de casa para no ser reconocido. He vuelto a casa con una botella de vodka en una bolsa de plástico y dos o tres chucherías compradas para despistar en la caja. He visto un reportaje en la televisión sobre los perjuicios del alcohol. Decían que el vodka no huele a nada, y mi única obsesión es que no me apeste el aliento.

Después de dar buena cuenta de la cena fría preparada por mi madre, me encierro en mi habitación. Este viernes no me toca ver a mi padre. He decidido pasar la mañana del sábado en la cama. Mi madre no se preocupará. Desde el accidente, a veces me paso el fin de semana en la cama. Ella cree que es una crisis de adolescencia.

Pongo la botella en mi mesilla. Me gusta mucho la transparencia del alcohol, las letras grabadas en el cristal. Me parece una botella muy bonita. Pego la mejilla contra ella y me quedo un momento sin hacer nada, sin siquiera pensar. Voy a beber todo lo que pueda de un trago y esperaré a que haga efecto. Es como algo para hacerme mayor. Una especie de experiencia iniciática... En realidad, no lo tengo muy claro.

En el colegio, conozco a un chico que se sospecha que es alcohólico. A veces entra en clase dando tumbos y titubea antes de desplomarse en la silla. Tiene un aliento que tira de espaldas. Replica a los profes. Los insulta y lo expulsan la mayoría de las veces. Me parece chungo. El tipo me desagrada. Sin embargo, estoy seguro de que puedo beber y no llegar a parecerme nunca a él. No, lo que me importa es castigar a mi padre. Quiero recrear un accidente a mi escala. Demostrarle que también yo soy capaz de cometer una tontería, una muy grande, y que no podrá decirme nada porque nunca será tan terrible como la suya.

Desenrosco el tapón y acerco la nariz al cuello de la botella. Huele a alcohol de 90

grados. Repugnante. No puedo evitar un gesto de rechazo. Un poco de vodka me salpica en la camiseta. Me froto como si se tratara de una picadura de avispa.

¿También yo soy un cobarde? ¿Voy a renunciar? Me levanto. El somier chirría. Voy ante el espejo del armario. Me quito la ropa. Me siento mejor así. Sin nada encima. Desnudo. Casi como un recién nacido dispuesto a experimentar el primer aliento. Voy a beber y a resucitar. Luego, ya no habrá accidente que valga, ni padre cobarde, ni madre ausente. Estaré yo y... solamente yo.

No hay más dudas. Me siento en el borde de la cama. Me tiembla la mano. «Todos los héroes tiemblan, si no, solo serían robots», pienso. Es una idiotez, pero tranquilizadora. Agarro la botella, respiro hondo y trago.

Trago.

Trago.

Llueve. Hace frío. Pedaleas. Le das caña. Inclinas la cabeza sobre el manillar. Tu chubasquero chorrea. Tienes los vaqueros mojados. Sigues pedaleando. Notas los calcetines empapados. Te aprietan las zapatillas. Circulas a ciegas, con los ojos casi cerrados. Al adelantarte, te salpican los coches. Pedaleas. Es una vieja bici de carreras. Te la regaló tu madre. Tuviste que volver a hinchar los neumáticos, ajustar el sillín, reparar los radios. Y ahora ya hace casi cuatro meses que recorres, encaramado a esta bici, los dieciocho kilómetros que te separan del hospital. Cada tarde, después de tu trabajo en la granja, vas a ver a tu madre. Durante un tiempo, pensaste en dejar las prácticas. Tu jefe te dio tres semanas de permiso tras el accidente de tu madre. Las necesitabas, pero el permiso no podía durar eternamente.

Pasaste solo tu último cumpleaños. Joseph y Julienne te propusieron ir a su casa, pero rehusaste. No te veías capaz de volver al lugar del drama. Buscaste en tu cartilla sanitaria la hora exacta de tu nacimiento. Te encerraste en tu habitación. Apagaste las luces y pusiste el despertador electrónico. Las cifras luminosas se sucedían. A la hora exacta en la que naciste, rezaste. La primera oración de tu vida. Una oración dirigida a un dios desconocido. Pediste que tu madre renaciera en ese momento, que saliera del coma. Aquel día, el de tu cumpleaños, se cumplían dos semanas desde que yacía inconsciente en una cama de hospital. Apretaste fuerte los puños y rezaste mucho tiempo. Era la una de la madrugada. Luego, telefoneaste al hospital. Pediste que te pusieran con el despacho de las enfermeras. Te pusieron en contacto con la vigilante de noche.

—¿Diga?

—Sí, perdone. Soy Loïc Marchadet. Mi madre está en su planta. Está en coma.

—Sí... lo conozco.

—Por favor, ¿podría ir a verla...?

—¿Cómo?

—Ir a ver a mi madre. Creo que se ha despertado.

—¿Qué?

—Por favor.

—Espere un momento.

Oíste el ruido de sus zuecos en el linóleo. Rezaste una última vez. De nuevo el ruido de pasos, y la vigilante volvió a coger el auricular.

—Escuche, Loïc, no debe llamarnos así, en plena noche...

—Pero...

—Su madre está bien, pero no se ha despertado. Ha debido de tener una pesadilla. Vuelva a acostarse...

Y colgó.

La lluvia se detiene. Luego vuelve a llover. Entrás en la ciudad, aceleras, balanceándote de pie sobre los pedales de la bici. El hospital, por fin. Pasan unos minutos de las siete de la tarde. Estás mojado. Aparcas la bici. Pones la cadena. Entrás en el vestíbulo. Te diriges hacia la derecha, subes una planta, giras a la izquierda. Habitación 123. Llamas. No hay respuesta. Abres la puerta.

–Soy yo, mamá.

Allí está, echada boca arriba. Ya no lleva la venda que tenía al principio en la cabeza. Le ha crecido otra vez el pelo. Mantiene los ojos cerrados. Un día, los abrió. Corriste a decírselo a las enfermeras. Pero te explicaron que era un reflejo, eso no quería decir que se hubiera despertado. Insististe, gritaste, tuvieron que calmarte.

Con su mano en la tuya, le cuentas cómo te ha ido el día. Los siete días de la semana.

Conforme el tiempo ha pasado, su ausencia se ha hecho cada vez más penosa. Primero fueron los problemas materiales. La ropa que había que lavar, la plancha, la limpieza, la compra, las comidas. Estabas perdido. La casa se transformó en una leonera increíble. Y además, estaba la privación de su presencia, de su calidez, de sus palabras. Era como si la casa se hubiera quedado muda, como si se hubiera convertido en una tumba.

Dabas vueltas por la casa sin saber qué hacer. Ponías la radio a todo volumen, luego la tele. A menudo ibas a la habitación de tu madre. Abrías su armario. Cogías uno de sus vestidos. Trazabas unos pasos de baile mientras lo sostenías en el brazo. Sentías vergüenza. Sentías rabia. Sentías odio.

No pensabas más que en aquel coche que había atropellado a tu madre. Odiabas a su conductor. Te habría gustado tenerlo entre tus manos. Estrangularlo. Espachurrarlo. Pulverizarlo. Y después, empezaste a hacerte daño. A golpearte la cabeza contra las paredes. A darte puñetazos en el vientre. Te acusabas. Habrías tenido que retenerla, impedirle que saliera del coche. Deberías haberlo sabido. El accidente fue por tu culpa. Ya no te soportabas. Por suerte, volviste al trabajo. El granjero insistió. Vino a verte y te convenció.

Pasabas el día en la granja y el final de la tarde en el hospital con tu madre. Estabas agotado, pero, de algún modo, la fatiga te había apaciguado. Te faltaban las fuerzas para echarle la culpa. Tu cuerpo se dio por vencido. Las semanas se sucedieron. La vida recuperó su apariencia de normalidad.

Como eras menor, Joseph tuvo que convertirse en tu tutor legal. Teóricamente, Joseph y Julienne llevaban tus cuentas y te daban el dinero que necesitabas. En realidad, te dejaron a tu aire. Se lo agradeciste.

Una vez al mes, os ponéis al día. Intentan no imponerse. Intentas no darles problemas.

–Ya verás cuando vuelvas a casa, mamá, he pintado la cocina. Me he levantado todas las mañanas dos horas antes y he estado currando en la cocina... Ya soy un hombre, ¿sabes?... Con el tiempo que hace que decías que había que hacerle un lavado de cara. Ahora, ya ves, lo he hecho...

Le hablas en voz baja, al oído. El médico que la trata te ha dicho que oye tus palabras. Hay que estimularla, hablarle. Tu presencia es necesaria. El día que se despierte, se acordará.

Te quedas con ella hasta las ocho y media. La besas en la frente, le acaricias una última vez el brazo, antes de volver en bici.

Es de noche. Los faros de los coches te deslumbran. Te recuerdan a los del accidente. A los del coche que golpeó a tu madre. El deslumbramiento. La velocidad. El choque. Y tu madre en el asfalto. Para quitarte esas imágenes de la cabeza, cantas a voz en grito una estúpida canción infantil. Pedaleas y cantas.

–Tres kilómetros en bici desgastan, desgastan. Tres kilómetros en bici desgastan los calzoncillos...

Una vez en casa, te quitas el chubasquero empapado, la ropa, los calcetines. Te quedas desnudo. Vas corriendo al baño. Te das una ducha bien caliente. Cuando has acabado, te preparas algo de comer. Hace tiempo que has optado por los platos congelados. Metes una bandeja de cualquier cosa en el microondas. Te quedas mirando cómo da vueltas. Cuando está caliente, la sacas. Te sientas en la mesa. Lo pruebas. Te quemas la lengua, maldices el jodido microondas, tiras la bandeja apenas empezada a la basura y te vas al salón. Al pasar cerca del teléfono, ves que tienes mensajes en el contestador. Lo compraste en el supermercado al volver a las prácticas. Es para el caso de que llamaran del hospital en tu ausencia. Hasta ahora, solo Joseph te ha dejado mensajes para saber cómo te iba. Podría llamarte por la noche, cuando estás allí, pero tiene la delicadeza de no hacerlo. Respeta tu intimidad. A veces lo llamas tú, pero no muy a menudo. El contestador indica que tienes siete mensajes. ¿Siete? Dudas un momento. Los seis primeros están vacíos. Sea quien sea el que llama cuelga sin decir una palabra. La llamada se hace siempre desde el mismo número. Un prefijo que no es de la zona. Probablemente, un error. Sin pensarlo mucho, anotas en un pedazo de papel el número antes de borrar el sexto mensaje. El séptimo te deja paralizado.

–¿Hola? Hola... Llamo del hospital. Son las nueve y cinco. Soy el médico de guardia de la planta de su madre. Llamo a casa de Loïc Marchadet, ¿es así?... Escuche, las enfermeras me han dicho que ha estado aquí esta tarde y que se había ido. Quería... quería avisarlo de que... bueno... Su madre se ha despertado... Está consciente... Si pudiera volver, lo esperaremos... Quizá sea importante que esté presente en su despertar... Si no puede, llámenos. Gracias.

Inmediatamente te plantas en el garaje. Te has vuelto a poner la misma ropa mojada que habías tirado de cualquier manera en la entrada. Montas a horcajadas en la bici. Te vas en la noche.

Al cruzar el salón el sábado por la mañana hacia las once para ir al baño, me encuentro a mi padre y mi madre sentados el uno frente al otro. Dejan de hablar y me miran con extrañeza. Mi madre suspira. Papá marca el ritmo con el pie izquierdo. No comprendo qué hace mi padre en casa de mi madre. No es su fin de semana y no tiene ninguna razón para estar allí. Debo reconocer que tengo en el interior del cráneo suficientes piedras como para construir un edificio de varias plantas. Noto la cabeza tan pesada que debo inclinarla hacia un lado y luego al otro para no derrumbarme bajo su peso. Por su parte, mi lengua ha duplicado su volumen. Mantengo la boca abierta para no ahogarme. Tengo dificultades para respirar. Por si fuera poco, tengo la odiosa impresión de que un grupo de *heavy metal* en pleno ensayo se ha colocado detrás de mi nuca, justo bajo el occipucio. Me pica la garganta. Me flaquean las piernas. No debo de ser una visión agradable. Desaparezco en el baño sin decir ni pío. Entro, echo el cerrojo y me instalo en el trono.

Ayer por la noche bebí vodka. Tengo el recuerdo muy claro del ardor provocado por el alcohol en mi garganta. Y luego nada. No, es falso. Solo una cosita: un monstruo que habla por encima de mí una lengua extraña y gutural. El martillo neumático de las consonantes. La acidez de las vocales. En medio de la confusión de sus rasgos cambiantes, distingo en él un vago parecido con mi madre. Excepto que los dientes se le salen de la boca y lanza llamaradas por los ojos. Me sacude. Cada vez más fuerte, pero es en vano.

He dormido como un bebé hasta media mañana. Hasta que un deseo apremiante me lanza fuera de la cama, el suelo desaparece bajo mis pies y muerdo la moqueta antes de levantarme penosamente. Entonces he caído en la cuenta: esto debía de ser una cogerza.

Después de tirar de la cadena, no me queda otra que cruzar de nuevo el salón en sentido inverso para ir a mi habitación. Mis padres me esperan de pie.

—¿Estás orgulloso, Sébastien? —me pregunta mi padre para dar comienzo a las hostilidades.

Su voz se alía al solo de batería del grupo de *heavy metal*. Resuena interminablemente mientras me sube por la nuca hasta la parte trasera de los ojos, antes de desgarrarme los tímpanos y agarrármelo a la garganta, provocándome un hipido lamentable.

—Te he hecho una pregunta...

—No sé.

Respuesta lapidaria que provoca una mueca de mi padre.

Mamá se saca un pañuelo de la manga y se seca los ojos mientras se sorbe los mocos.

—Tu madre me ha llamado esta mañana para contarme el estado en el que te encontré ayer por la noche. He venido expresamente...

No acaba la frase. Me tiemblan las piernas y decido dejarme caer en un sillón. Me fallan los cálculos. Acabo dando con las nalgas contra uno de los brazos. Estoy espatarrado en una posición grotesca. Hago un gran esfuerzo para recolocarme.

–¡Levántate cuando te hablo! –grita mi padre.

Esas palabras han pulverizado al grupo de *heavy metal*. No me muevo un ápice. Imposible.

–¿Desde cuándo bebes?

Me dispongo a decirle que es la primera vez, pero me contengo al recordar mi primera intención. Si él era un mentiroso, yo más.

–Desde hace cuatro meses –digo con voz débil, insegura.

–¿Cómo?

Mi madre se ha quedado sin respiración. Su «¿cómo?» se me clava entre los ojos, como una flecha en el centro de la diana. Siento una onda eléctrica subir y bajar a lo largo de mi espina dorsal.

–¿Desde hace cuatro meses? Te burlas de nosotros, Sébastien...

Mi padre ha comprendido la alusión. Aunque a mi madre esos cuatro meses no le dicen nada, para él, en cambio, tienen un significado particular. Su tono ya no es el mismo. Se suaviza.

–El accidente... –añado, sin extenderme más.

Mi padre está a mi merced. Aunque esté en las nubes, saboreo ese momento en su justo valor. Lo miro directamente a los ojos, sin pestañear.

–¿El accidente? –pregunta mamá–. ¿Qué accidente?

Papá se levanta bruscamente. Se me acerca y se arrodilla. Me pone las manos en las rodillas.

–Sébastien, hijo, nos tomas el pelo... No hace cuatro meses que... ¿verdad?

Me callo. Lo dejo cocerse en su propio jugo, mientras mamá nos mira incrédula. Acabo por levantarme, en equilibrio precario, sostenido por unas piernas como dos nubes de azúcar. Me muevo con un estilo sacado directamente de una película de Charlie Chaplin.

–Voy a darme una ducha –digo mientras voy tambaleándome hacia lo que me parece que es el baño.

Mi padre se ha quedado arrodillado. No ha hecho nada para retenerme. Mi madre se suena en el pañuelo. Les oigo susurrar a mi espalda. Tras múltiples intentos de meterme en la bañera sin acabar con las patas en el aire, el agua tibia me ayuda a renacer.

La siguiente semana, en el colegio, pasamos los controles que preceden a las vacaciones de febrero. No soy un alumno genial pero mi media es buena, estoy en el primer tercio de la clase. Desde el accidente, en noviembre, vivo de las rentas. Esos controles, lo sé, serán mi Waterloo.

Hace meses que no doy palo al agua, la verdad es que no tengo la cabeza puesta en ello. Mantengo las apariencias. Mi madre, demasiado ocupada con su trabajo, no se teme nada. En cuanto a mi padre...

Entre nosotros se interponen una noche, un coche ardiendo, mentiras y un secreto inconfesable. Puede que incluso una muerte.

Que mis padres estén separados facilita la situación. No estoy obligado a sufrir la presencia de mi padre todos los días. Cuando vamos al campo, aunque pasamos cerca del lugar del accidente, no hablamos de ello.

Nuestra relación es distante, lo que no parece molestar a mi padre, y para mí es perfecto. Papá no quiere modificar sus costumbres en nada, pues, supongo, teme arrojar alguna sospecha sobre él. En los pueblos pequeños las noticias vuelan.

Dos días antes del comienzo de las vacaciones de invierno, nos dan las notas. Las matemáticas se revelan como mi mejor asignatura, con un 6 sobre 20. No hace falta hablar del resto. Mi madre me ha obsequiado con una gran bronca, fuerza diez en la escala de los reproches. Eso, todavía, lo puedo aceptar. Pero cuando mi padre me llama por teléfono...

—¿Qué me cuenta tu madre? ¿Qué son esas notas? ¡Oh, Sébastien! Te ríes de todo el mundo. ¡Después de todo lo que hacemos por ti! Tu madre está *muy decepcionada*, que lo sepas. Habla de meterte interno. Dice que tu actitud ha cambiado. De acuerdo, puedo entenderlo... Han pasado cosas... pero todo eso ya se ha acabado, Sébastien. ¿Quieres echar a perder tu vida? ¿Es eso? ¿Y la de tu madre? ¿Piensas alguna vez en nosotros, Sébastien?

Cuanto más habla, más aprieto el auricular en la mano. Los nudillos se me ponen blancos. Me rechinan los dientes. Mi madre me observa con el rabillo del ojo, seguramente pensando que el rapapolvo de mi padre hace efecto.

—Te recojo este fin de semana. Volveremos a hablar con calma en el campo. ¿Me oyes, Sébastien?

—Sí.

Cuelgo sin darle tiempo a insistir.

—¿Y? —pregunta mi madre.

—Nada. Volveré a hablar de ello el sábado con tu exmarido.

He puesto especial énfasis en lo de *exmarido*. Mamá quiere intervenir, pero salgo en tromba hacia mi habitación.

Después de ese fin de semana, vendrán las vacaciones de febrero. No he previsto nada y me pregunto cómo podré aguantar quince días en este ambiente de locura.

El último día de clase, en el colegio, me paso dos horas en la biblioteca. Clavado delante de un ordenador, navego por Internet cuando se me pasa una idea por la cabeza. Juro que no es premeditado. No tenía intención de iniciar esa investigación mientras andaba por la red.

Finalmente, la única duda que me agobia es saber si la víctima del accidente está muerta. ¿Será mi padre un asesino? La manera de tranquilizarme es buscar en Internet un periódico de la zona y acceder a sus archivos.

Conozco el día: el viernes por la noche. Tras pensarlo un poco, si la noticia se ha publicado, debe de llevar fecha del lunes o el martes siguiente. No tardo mucho en

encontrar la dirección de un periodicucho local, el *Républicain Libéré*. Algunos archivos son de libre acceso. Hay suerte, al cabo de un cuarto de hora –cuando mi bono de acceso a Internet del colegio se agota–, encuentro la información. Solo unas líneas:

«La señora Francine Marchadet, residente en Lempars, fue víctima de un accidente de circulación el sábado pasado por la noche en el pueblo de Véron. El conductor del coche causante del accidente se dio a la fuga. La señora Marchadet es viuda y vive sola con su hijo, que estaba con ella aquella noche y asistió impotente al drama. Se trasladó a la señora Marchadet al hospital más próximo. Su estado es grave».

Me salto las clases de la tarde y vuelvo directamente a casa. He tenido tiempo de encontrar en la red el número de teléfono de la señora Marchadet.

Actúo maquinalmente, sin prever las consecuencias, movido por una fuerza que no domino. Llamo. Salta el contestador. Una voz de hombre, o más bien de un chico.

–No estoy. Puede dejarme un mensaje después de la señal sonora. Gracias.

Cuelgo. Espero un momento, vuelvo a llamar. Otra vez el contestador. Lo vuelvo a intentar cinco o seis veces, sin éxito. Lo dejo estar. Me reprocho mi estupidez. ¿Por qué quiero conocer a esa mujer? Su voz no es la del contestador. Está muerta. Murió en el accidente. Mi padre no es solamente un cobarde, sino también un asesino.

Tiro a la basura el número que había anotado en una hoja. Mañana por la noche, mi padre vendrá a buscarme. Querrá sermonearme a propósito de mis notas catastróficas y hacerme volver al buen camino. En cuanto haya acabado su rollo, le diré, fríamente: «Eres un asesino». A ver cómo reacciona.

Por la noche no consigo dormir. Me repito en todos los tonos posibles esa frase: «*Eres un asesino*». Sin cesar.

Me levanto a las seis después de una noche en blanco. Mi madre sigue en la cama. Me queda un viernes de colegio antes de las vacaciones. Creo que también me saltaré las clases. Iré a dar un paseo, quizá vaya a ver una peli al cine. Alguna tontería que me lave el cerebro.

En la cocina, me preparo un chocolate caliente. Estoy a punto de encender el fuego bajo el cazo cuando el timbre del teléfono suena. Echo una ojeada al reloj de pared: 6 h 30 min. No puede ser el colegio avisando de mi falta de ayer por la tarde, es demasiado temprano.

Para más seguridad y antes de que mi madre se levante para responder, voy a cogerlo.

No lo has visto. El faro de tu bicicleta era demasiado débil. Apenas veías la rueda delantera.

Pedaleabas como un loco. Hacía un frío de perros, pero felizmente la lluvia había cesado. Era en una bajada. Con la cabeza entre los codos y el trasero levantado. Rodabas a buen ritmo. No has visto el bache en la calzada. El manillar ha dado un giro violento. Has perdido el control. La rueda se ha metido en el agujero. Has pasado por encima de la bici. Te has caído sobre el asfalto. Se te ha roto el chubasquero por los dos codos. Por suerte, no te seguía ningún coche.

Te levantas. Te sacudes los pantalones. Te soplas en los codos, que te arden y te duelen muchísimo. Constatas los daños. Das una patada a la bicicleta. Estás rabioso. La levantas del suelo. La limpias por encima. Vuelves a subirte al sillín sin perder tiempo y circulas.

La rueda delantera está torcida. Se comba bastante. Te aferras a las empuñaduras del manillar y pedaleas con todas tus fuerzas. Es agotador. Dos veces al día, el trayecto de tu casa al hospital. Por fin llegas a la ciudad. Las calles relucen bajo el alumbrado público. Por fin has llegado. No pones la cadena. Casi tiras la bici. Cubierto de fango y con la ropa desgarrada, entras en el hospital. Al menos, lo intentas. La puerta principal está cerrada. Son casi las once de la noche. Rodeas el edificio. Estás delante de la entrada de urgencias. Llamas. La puerta automática se abre. Te precipitas dentro.

Subes al primer piso. Has tenido que explicar a las enfermeras de urgencias que te han llamado. Tu madre se ha despertado. Te han pedido que vinieras, rápido. Estás en el pasillo. El linóleo gime bajo tus suelas. La cruda luz de los neones te deslumbra. La habitación 123, solo piensas en eso. Han debido de avisar al médico de tu llegada. Te espera delante de la 123.

—¿Loïc Marchadet?

Dudas si responderle: «¡No, el papa!», pero lo dejas estar. Ese joven doctor te resulta irritante.

—Sí —dices, algo cortante.

Te mira de arriba abajo. Tu aspecto debe de extrañarle.

—¿Está bien?

—Mi madre se ha despertado...

Das un paso hacia la puerta de su habitación. Te cierra el paso. Solo os lleváis seis o siete años, y no dudarás en enfrentarte a él si continúa interponiéndose entre tu madre y tú.

—Sí, se ha despertado. Pero tenemos que hablar un momento antes de que la vea.

Te coge por un codo, lo que reaviva el dolor. Haces una mueca.

–Y además, tenemos que desinfectarle esas heridas –añade.

Te arrastra hasta una consulta. Te hace sentar en una cama y va a rebuscar en un armario. Vuelve con algodón, unos frascos y vendas.

–Bueno, veamos... tengo todo lo que necesito. ¿Cómo se ha hecho esto?

No tienes ninguna gana de darle detalles. Quieres ver a tu madre. Pero ya ha empezado a curarte los codos. Así que le cuentas la caída de la bici. Eres breve. Evitas la epopeya e insistes:

–¿Y mi madre? ¿Puedo verla?

–Por supuesto –dice el médico–. Ya hemos... acabado. Como nuevo, Loïc... ¿Puedo llamarlo Loïc?

No ves inconveniente. Echas una ojeada a su placa y ves su nombre.

–¿Y yo, Martial? –preguntas provocador.

–No hay problema –responde mientras levanta los brazos al cielo en un gesto teatral–. Bien, ahora que ya nos hemos presentado, es el momento de hablar de su madre.

Saltas de la cama. Estáis cara a cara.

–Su madre se ha despertado por la noche, usted acababa de irse. Una enfermera se ha dado cuenta al ir a comprobar el material. Han hablado un poco. Su madre no sabía dónde estaba, ni por qué. La he examinado. Le he preguntado cómo se llamaba, dónde vivía, si estaba casada, cuántos hijos tenía...

Que el médico haya interrogado a tu madre te cabrea. ¿Qué le importa a él? Querrías decírselo, pero no te da ocasión.

–... en resumen, su madre parece haber sufrido una pérdida de memoria. Lo que en sí mismo no es grave. Está dentro de lo que cabía esperar. Después de un coma de varios meses, es normal que la persona pierda algunas referencias. No obstante, a partir de mañana haremos exámenes más profundos. Procure tranquilizarse, en general todo vuelve al orden a los pocos días de que el paciente despierte.

Te quedas en silencio. No estás convencido de haberlo entendido todo. De repente, tienes miedo y ya no estás tan seguro de querer ver a tu madre. El cansancio unido al calor que reina en ese hospital, después de la carrera en bici en medio del frío, te han debilitado. Sientes que las piernas te flaquean. Te apoyas con discreción en la cama.

–¿Puedo verla de todos modos? –balbuceas.

–Claro. Le doy un cuarto de hora. Es mejor no agotarla. Pero me gustaría prevenirlo, Loïc. Quizá no lo reconozca. No debe sorprenderse. Al contrario, no cambie en nada su forma de comportarse. Actúe como lo ha hecho siempre con ella. ¿De acuerdo?

Asientes con un movimiento de la cabeza. Es lo único que puedes hacer.

–Entonces... ¡Vamos!

Entras en la habitación 123. El doctor se ha quedado detrás de la puerta, en el pasillo. Das algunos pasos en la penumbra. Sobre la cama de tu madre, hay una lamparilla que arroja una luz débil. A tu derecha está el baño. Caminas como si fueras pisando huevos. Las persianas están bajadas. No crees que puedas olvidar ninguno de los detalles de esa noche en esa habitación.

–¿Mamá? –dices en voz baja.

No reacciona. Quizá duerme. Te acercas. Estás a menos de un metro. Aguantas la respiración.

–¿Mamá?

Tu madre vuelve la cabeza. Ha adelgazado mucho. Tiene las mejillas hundidas. Te mira fijamente.

–¿Mamá? Soy yo. Loïc.

Pedaleas. Con todas tus fuerzas, pedaleas. Un cuarto de hora es a la vez largo y corto. Pedaleas. Te duelen las rodillas, pero pedaleas rabiosamente. Acabas de dejar a tu madre. Tienes la extraña sensación de que no estaba realmente allí. Su cuerpo, sí; pero ¿ella? Pedaleas. Llueve de nuevo. Una lluvia tupida que te azota el rostro. Pasa de la medianoche. El frío agarrota tus músculos. Respiras de manera entrecortada.

–¿Loïc? –ha dicho.

La primera palabra que te dice después del accidente. Te has dado cuenta de que intentaba poner un rostro a tu nombre. Se le ha arrugado la frente. Sus ojos expresaban sorpresa.

–¿Loïc? –ha repetido una segunda vez.

Pedaleas. La luz de tu bici no ilumina gran cosa. A cada momento esperas caer rodando por la cuneta. La rueda delantera torcida se ha puesto a chirriar.

–Mamá, soy Loïc, tu hijo...

No era fácil explicarle una cosa tan evidente. ¿Cómo se puede olvidar alguien de que tiene un hijo? Ha sacado los brazos de debajo de las sábanas. Has notado la extrema palidez de sus manos.

Un camión se cruza en sentido inverso. Su rebufo está a punto de tirarte al suelo. Pedaleas. Llueve. Lloras. No eres realmente consciente, pero lloras. La sal de las lágrimas se mezcla con el agua de la lluvia.

–Yo no tengo hijos.

Te has quedado inmóvil. Te has quedado de una pieza, no sabías qué hacer.

–Claro que sí, mamá. Soy yo, Loïc, tu único hijo.

Ha entornado los ojos.

Pedaleas. El frío penetra en tus huesos. Se te han agarrotado las piernas. Temes los calambres. Todavía te quedan unos diez kilómetros antes de llegar a casa.

–Tengo hermanos y hermanas, pero no hijos. Venga, chico, si ni siquiera estoy casada... –ha dicho tu madre con un asomo de reproche en el timbre de su voz.

Te has sentado en el borde la cama. La barrera de seguridad te ha impedido estar tan cerca de ella como deseabas.

Tienes que parar. De repente se te ha endurecido la pantorrilla. Pones pie a tierra, pero no te bajas de la bici. Esperas a que se pase. Inmóvil, la lluvia te inunda. Ya no lloras.

–Mamá, ¿ya no te acuerdas de tu nombre y tu apellido?

Te ha mirado como si fueras un extraterrestre.

–Geneviève. Geneviève... eh... no sé qué más...

Le has cogido la mano. Estaba seca y flácida, casi sin consistencia.

–No, mamá. No conocemos a ninguna Geneviève. Tú te llamas Francine...

Ha retirado rápidamente su mano de la tuya.

–¡Pamplinas!

Has vuelto a pedalear. Todavía te quedan dos kilómetros. No puedes más. Estás extenuado. Te tiembla todo el cuerpo. Das bandazos de izquierda a derecha en la calzada. La bici te pesa una tonelada.

–Tengo que irme, mamá. Ha dicho el médico que tienes que descansar. Mañana volveré a verte.

Ha sonreído. En esa sonrisa has podido entrever algo de tu madre.

–Gracias por haber venido, señor. Espero que mañana venga también mi marido. ¿Lo conoce usted?

Por fin en casa. Te desnudas. Corres a darte una ducha. Estás agotado. Dejas correr el agua caliente sobre ti. Los sitios en los que te has herido te escuecen. No importa, te quedas una media hora bajo la ducha, hasta que el depósito del agua caliente se vacía.

Más tarde, vas a acostarte. Te tumbas. Cierras los ojos. Imposible dormir. Será una noche en blanco. Pensando en tu madre. ¿Tu madre? Es incoherente. Ha olvidado quién es. Quién eres tú. Aunque el doctor haya afirmado que eso pasará, el impacto ha sido duro. Mantienes la mirada fija en el techo, en la oscuridad. Te esfuerzas por no pensar en nada. En mitad de la noche bajas al garaje y reparas la rueda torcida de la bici. Vuelves a acostarte hacia las cuatro de la madrugada.

Imposible dormir.

A las seis y cuarto, desanimado, te preparas un chocolate caliente. Cuando vas hacia el salón para bebértelo, pasas cerca del teléfono. En la mesita, a su lado, está el trozo de papel donde has anotado un número. El de la persona que intentó comunicarse contigo varias veces la víspera. Dejas el chocolate. No hay mensajes en el contestador. Descuelgas. Marcas el número. Tienes ganas de hablar, de confiarte a alguien. ¿Por qué no a un desconocido? Sí, necesitas una voz desconocida. Solo palabras, inútiles, pero palabras. No tiene sentido. Lo sabes. El tono. Uno. Dos. Tres. Es temprano, seguramente el hombre o la mujer duermen. Te sientes ridículo. Te dispones a colgar cuando:

–¿Diga?

–¿Diga?

He descolgado. Oigo el aliento de una respiración al otro extremo del hilo.

–¿Sí? –dice una voz.

Luego, nada. El silencio. Debe de ser un error.

–¿Por quién pregunta?

No hay respuesta. Quizá sea uno de esos gamberros idiotas que se divierten llamando al azar solo para gastar una broma.

–Debe de ser una equivocación.

–No sé –dice la voz–. Le llamo porque ayer por la noche intentó comunicarse conmigo varias veces.

Tengo un nudo en el estómago y siento que todo a mi alrededor da vueltas. Mi madre elige ese momento para aparecer por la puerta del salón. Con el pelo revuelto, una cara de muerto viviente y los ojos todavía pegados por el sueño, apoya un hombro en el marco.

–¿Quién es? –pregunta con voz pastosa.

–Un momento, por favor.

Pongo la mano en el auricular.

–Es un amigo del colegio, mamá.

Me mira atónita, como si acabara de decirle que era el presidente de los Estados Unidos. Lleva su vieja bata de algodón. Le llega por encima de las rodillas. Hace lustros que no se depila y tengo ante mí a mamá orangután.

–¿A estas horas?

Parece que hace un esfuerzo por mantener la calma. La noto exasperada, pero me equivoco. Avanza un paso en mi dirección.

–¿Cómo se llama la chica? –pregunta con el aire astuto de quien ha comprendido lo que pasa–. Ya me extrañaba que te levantaras tan temprano. Dile a tu novia que puede llamar durante el día, que no me la comeré.

Mamá está orgullosa de su acierto... Perspicaz como una piedra pómez, mi madre. Está tan contenta de sí misma que una enorme sonrisa en forma de plátano le ilumina la cara.

–Mamá...

Gesticulo. Le doy a entender que lo ha adivinado, como una vidente sacada de una película. Si pudiera, me sonrojaría.

–Si no te importa, me estás molestando...

–De acuerdo. De acuerdo... ¡Pero piensa que soy demasiado joven para ser abuela!

Mamá se va con una risa loca e inacabable. Le da la tos de la risa. Se dobla por la mitad. Parece a punto de ahogarse. Cuando se yergue, tiene lágrimas en los ojos. Ante

mi expresión de desconcierto, levanta una mano, recupera el aliento y dice antes de marcharse teatralmente:

–Perdona, Sébastien. Te dejo con tus... con tus... amores...

Otra vez la risa loca. Sale del salón, encorvada como una viejecita, cogiéndose el vientre con las dos manos.

–¡Rápido! O me hago pipí encima.

Son sus últimas palabras antes de desaparecer. No elegimos a nuestros padres. Respiro profundamente y quito la mano del auricular.

–¿Sigue ahí?

–Sí –responde la voz.

–¿Quién es usted?

–Loïc Marchadet.

–¡El hijo!

No he podido contenerme.

–¿Perdón?

Me muerdo la lengua. Curiosa situación. Aún no son las siete de la mañana y el hijo de la muerta está al otro lado de teléfono. Tengo un momento de pánico. Gotas de sudor me cubren la frente. Me la seco con la manga del pijama.

–¿Es usted el hijo de la señora Marchadet?

–El mismo.

Me quedo bloqueado sin tener ni idea de qué hacer o decir. ¿Cuelgo? Pero tiene mi número y ya he dicho demasiado. ¿Le cuento una milonga? No me decido.

–Sí, yo le llamé ayer por la tarde. Lamento no haberle dejado un mensaje...

¿Qué mensaje iba a dejarle, por Dios? Estoy en un aprieto, al borde del abismo, debo poner todo mi empeño por salir de este jardín. Mientras lo intento, mamá reaparece en el marco de la puerta del salón. Se ha peinado y se ha cambiado la bata por un conjunto de pantalón viejo deformado y camiseta raída. Su ropa para el desayuno.

–Invítala a desayunar con nosotros.

Madame Irma, la vidente, ha hablado. Encantada con su entrada, quería hacer una salida a la altura.

–Por lo menos no será una rubia tonta, ¿no?

De nuevo la risa enloquecida, mientras vuelve a irse haciendo aspavientos con las mangas.

–Perdone, veo que no está solo.

Me sobresalto. La voz de Loïc Marchadet me ha pillado por sorpresa.

–No, no, no es nada. Una vieja pariente con insomnio y un poco subnormal que tenemos en casa por caridad.

¡Qué estupidez! No sé de dónde saco semejantes tonterías. Lo estoy empeorando.

–Lo entiendo.

¿Qué es lo que entiende? De nuevo silencio. Tengo que acabar de una vez. Me lanzo.

–Escuche, si llamaba era para tener noticias de su madre, yo...

–¿La conoce?

–No, realmente... La... la vi solo una vez, pero...

–¡Está mejor!

Ha gritado. Sorprendido, he alejado el auricular de la oreja. Me hacen falta unos segundos para asimilar la información.

–Precisamente ayer a última hora de la tarde salió del coma, esta noche he estado con ella en el hospital. El doctor me llamó y...

Habla, pero yo ya no escucho. Mi padre ya no es un asesino. Me enfado. Era muy cómodo que fuera un criminal. Que hubiera matado a aquella mujer, que hubiera huido. Que yo fuera el hijo de un cobarde además de un homicida. Ya me había hecho a esa idea. Le había tomado la medida a mi padre. Siento que me han arrebatado algo que era mío. El fin de semana no va a servir para nada. No podré decirle todo lo que pienso de él. Ya no hay ningún muerto entre nosotros. Estamos igualados. Simplemente dos fugitivos. Igual de culpable el uno que el otro. Igual de nulos. Igual de chungos.

–... pero ha perdido la memoria. El médico dice que la recuperará. ¿Sabe?, es difícil estar delante de una madre que ya no te reconoce... Pero, por cierto, ¿cómo conoció a mi madre? ¿Cómo se llama usted?

–¿Eh?

He perdido el hilo. Mi madre aprovecha para hacer su reaparición. Un auténtico musical a la antigua. Giros de pierna y contoneos.

–Cariño... ¿Todavía estáis haciéndoos arrumacos por teléfono?

¡La mataría! Desaparece, no sin gritar para que todo el barrio la oiga:

–¡Sébastien tiene novia!

¿Qué le ha dado esta mañana? Será solo mi mala suerte.

–Le preguntaba cómo conoció a mi madre.

Sin tiempo para reflexionar, no tengo infinitas soluciones.

–Tenemos una casa de campo no muy lejos de su casa, y nos cruzamos una vez, su madre, mi padre y yo...

–¿Qué edad tiene? Me parece joven...

–Catorce años.

–Yo, diecisiete. ¿Mamá le habló de mí?

–Más o menos. Ya no me acuerdo muy bien...

La conversación se volvía cada vez más surrealista. Tenía que colgar. Inventarme una cita, una urgencia, la demencia precoz de mi madre, los enfermeros psiquiátricos que han llegado y la camisa de fuerza que van a ponerle.

–Su nombre es...

–Sébastien –digo rápidamente, sin precisar el apellido–. Escuche, tengo que irme. Me alegro por su madre. Espero que se mejore...

–Gracias –me corta–. Si quiere verla cuando venga por aquí, está en el hospital de Mézière, a dieciocho kilómetros de mi casa. El sábado y el domingo, el horario de visitas es de nueve de la mañana a ocho de la tarde. A lo mejor podríamos vernos, paso allí la

mayor parte del fin de semana. Es que el médico me ha dicho que tenía que estimularla. Llevaré fotos, objetos personales, todo lo que pueda ayudarla a recuperar la memoria. Si viene usted, puede que se acuerde de algo. De usted, quizá. Nunca se sabe...

Ha hablado de un tirón. Tengo prisa por acabar. Tengo que decir algo.

–Sébastien, ¿me *la* pasas?

Doy un salto. Mi madre está justo detrás de mí. No la he oído acercarse. Decididamente, está en plena forma.

–¡Mamá, por favor! ¿Es que no ves que estoy al teléfono?

–Perdona, cariño, no quería molestarte.

–Pues es exactamente lo que estás haciendo.

Mímica de labios enfurruñados. Mamá se hace la ofendida, antes de inclinarse rápidamente sobre el auricular y gritar:

–¡Buenos días, señorita!

Qué vergüenza. No sé dónde meterme, mientras mamá sale corriendo, con su risa caballuna.

–¿Quién era? –pregunta Loïc Marchadet.

–Perdónela, es mi madre. Se imagina cosas... Creo que esta mañana no está muy bien... Una mala noche, supongo.

–¿Y si nos tuteamos?

–Como quiera.

–Como quieras.

–¿Perdona?

–Como *quieras*...

–Sí, por supuesto.

–Entonces... ¿hasta pronto? A propósito, ¿cuál es tu dirección aquí?

–Perdona, tengo que irme.

Cuelgo. Estoy bañado en sudor. ¡Otra vez mi madre! Entra de nuevo en el salón, en bragas y con el pecho al aire, con un pantalón en la mano.

–No te habré molestado, ¿no, Sébastien?

–No, mamá. Pero ahora, medio en pelotas, sí me molestas.

–¿Cómo?, ¿te avergüenzas de tu madre?

–No, pero tienes los senos caídos.

He querido herirla. Lo he conseguido. Ha palidecido antes de taparse el pecho con el pantalón. Su expresión ha cambiado. Ya no hay jovialidad.

–¡Gilipollas!

Se va. Es raro que mi madre sea tan vulgar. Corro detrás de ella.

–¡Mamá! ¡Mamá! ¡Perdona! ¡No quería hacerte daño! Mamá...

Has desplegado una hoja doble de papel en la cama. Por recomendación de los médicos, has dibujado en esta hoja un árbol genealógico. Has rebuscado entre los papeles de la familia. En el cajón que en casa se reserva a la documentación. Te has remontado hasta los bisabuelos. Has recortado unas fotografías, algunas amarillentas. Las has pegado por encima de los nombres. Germain. Louise. Etienne. Jean-Marc. Alain. Caroline...

Tu madre sostiene en la mano la foto enmarcada. Esa que odias de ella y tu padre con un fino bigote. La mira. Frunce el ceño. Intenta recordar.

–¿Y dices que era mi marido?

–Sí, mamá, Nicolas, mi padre. Nicolas Marchadet.

–¿Crees que me habría casado con un hombre con un bigote tan ridículo como este? ¿Y que además se llamara Nicolas? Siempre me ha horrorizado ese nombre...

Tu madre no puede contener una risa ahogada. Una risita modulada en los agudos que cesa repentinamente y deja sitio en sus labios a una especie de rictus amargo.

–Perdóname, Eric.

–Loïc, mamá. Loïc.

Ya no te ofendes.

Al principio, cuando no se acordaba de tu nombre o cuando lo cambiaba por otro, apretabas los puños. Martial, el médico, te explicó que tu madre estaba en un estado de confusión. Sus incoherencias no eran voluntarias. Las sufría ella misma. Se daba perfectamente cuenta de su olvido del pasado, de que algo no iba bien en ella. «Una amnesia temporal», seguía afirmando. Había que tener paciencia. Pero a tu edad tener paciencia es un poco como pedir a un pingüino que salte en una cama elástica en el Sáhara.

–Sí, sí y sí. *LOÏC* –corrige tu madre, un poco molesta–. Entonces ¿a qué has dicho que se dedicaba?

–Era militar.

–¿Militar? Anda. Pues ese marido mío tiene más cara de fontanero... ¿Y es tu padre?

–Mamá, si es tu marido, es mi padre.

–¿Y dónde está ahora este señor?

¿Cuántas veces les has dicho que estaba muerto y enterrado? Respiras profundamente. Tragas saliva. La miras a los ojos. Espera tu respuesta. Te sonríe. No es tu madre y, sin embargo, lo es.

–Murió en acto de servicio, mamá.

–Lo siento. Debes estar triste... Y su mujer, ¿es tu madre?

–Mamá, tú eres su mujer. Tú eres mi madre.

–¡Ah! Sí. Perdóname, mi cabeza ya no es la que era.
Se deshace en lágrimas. Oculta el rostro con la sábana.
–Perdón. Perdón... –dice.

Incluso la voz le ha cambiado. Ahora es débil, demasiado aguda. Una voz de niña pillada en falta. Da la impresión de que siempre está a punto de llorar. Los cuatro primeros días, hablaba a trompicones. Las palabras eran como guijarros en su boca que escupía para librarse de ellos.

Estamos a miércoles. Las vacaciones escolares han empezado. No para ti.

Normalmente, deberías trabajar en la granja. Preparar las vacas para el ordeño. Limpiar los establos, las herramientas, ordenar el cobertizo. Febrero no es un mes muy pesado. Tu jefe, François (de familia de agricultores, rojo como un zorro, cuarentón, casado, cinco hijos, brusco, colérico y currante), te dijo el lunes pasado que quería hablar contigo a solas. Te llevó hasta su casa. Su hija más pequeña mamaba del pecho de su madre. Giraste la cabeza.

–¡Vamos, entra, no te dé vergüenza!

François te dio un empujón en la espalda y te encontraste en medio de la cocina. Con los brazos balanceándose, te sentías estúpido. La habitación estaba llena de ruidos de succión del bebé. Estabas paralizado, sin saber cómo comportarte. El bebé eructó.

–¡Aleluya! –gritó el padre.

Su mujer mostró una bonita sonrisa al volver a meterse el pecho en la blusa. Se levantó y salió de la cocina con su hija en brazos.

–Siéntate –dijo François.

Obedeciste.

–¿Quieres un café, Loïc?

–Sí, gracias.

Cogió la cafetera de la cocina a gas. Llenó dos tazas de café hasta el borde.

–Cuidado, está caliente.

Se sentó a horcajadas en una silla de paja. Bebió un poco de café tras soplar en el líquido negro.

–Escucha. Al llegar esta mañana, me has dicho que tu madre se ha despertado... Bien. Esa es una buena noticia. Y luego, dices que ya no rige del todo. Que no ya no reconoce a nadie, ¿es así?

–Sí.

–Y que los doctores te han explicado que tardaría un tiempo. Que había que... ¿qué han dicho?

–Estimularla.

–Sí, eso, estimularla. Y luego también que por la tarde, después del trabajo, vas al hospital en bici. Dieciocho kilómetros de ida. Dieciocho de vuelta. ¿Me equivoco?

–No.

–Bien, bien... ¿Y crees que vas aguantar mucho tiempo a ese ritmo? Porque yo en la granja no quiero gente dormida, ¿me entiendes? Los accidentes ocurren cuando menos te lo esperas y no tengo ganas de que te reúnas con tu madre en el hospital. Además,

¿quién se sentiría responsable, eh? ¡El menda, joder!

Cerraste los ojos. Pensabas: «Qué cerdo. ¡Qué cerdo!». Iba a echarte, a romper tu contrato de prácticas. A ti, que tanto te habías esforzado por él. A ti, que trabajabas como diez para cumplir. Los campesinos son todos iguales, unos egoístas.

–¡Eh! ¡Chaval! Veo por tu cara de ternero testarudo que no has entendido nada de nada. ¡Esa sesera tuya tiene ideas muy retorcidas! ¡Para ya, maldita sea! Lo que quiero decirte es esto: cógete un permiso para ocuparte de tu madre. ¡Madre no hay más que una! Venga, vamos a ver... Pongamos quince días. ¿Estaría bien, no? De todos modos, ahora en la granja está todo tranquilo. Y, además, no vuelves a las clases en el CFA, el Centro de Formación de Aprendices, hasta primeros de marzo, así que... no tienen por qué saber nuestro arreglo. Es entre tú yo. Para ellos, curras aquí. ¿Te parece bien?

No pudiste aguantarte. Te levantaste de un salto de la silla. Se volcó. Cayó ruidosamente al suelo. Te tiraste al cuello del granjero y lo abrazaste. Nunca habías apretado tan fuerte a un hombre en tus brazos. Sus mejillas raspaban. François olía a sudor y a tabaco frío.

–Gracias. Gracias. Gracias –repetiste, con la voz rota.

La mujer de François entró en la cocina.

–¿Qué pasa aquí?

–Loïc, que intenta estrangularme –dijo François, y te separó suavemente–. ¡Eh, chico! ¡Que no hemos comido del mismo plato!

Rio. Te sonrojaste, después reíste también.

–¡Gracias!

–Te repites, chaval. Vete, vete antes de que cambie de idea.

–Y esta ¿quién es? –pregunta tu madre.

Pone un dedo en la foto. La rasca con la uña, como si bajo la imagen se ocultara la respuesta a su pregunta.

–Es Louise, mamá. Mi abuela, tu madre.

–¿Louise? ¡Qué tonterías dices, Frédéric!

–Loïc, mamá...

–Como quieras... Pero mi madre, que en paz descanse, se llamaba Hélène.

–No, mamá, Hélène es mi abuela paterna, ya te lo he dicho...

–Dices muchas cosas. Y ahora, estoy cansada porque hablas demasiado. Quita todo este batiburrillo de mi cama.

Pliegas el árbol genealógico. Recoges las fotos esparcidas. Cierras el libro de familia y metes todo en una cartera que dejas en el hospital.

–¿Quieres descansar?

–¿Qué?

–¿Quieres que me vaya?

Pero ya está en otra parte. Se hunde en una ensoñación en la que tú no tienes sitio. Con los grandes ojos abiertos, mira fijamente a un punto, indeterminado, todo recto delante de ella. Se queda así cinco, diez, a veces veinte minutos. Sin hablar y sin

moverse. En general, esperas a que vuelva a este mundo. Miras por la ventana. Los árboles, los lejanos tejados de los edificios y el cielo, tan pronto gris como azul. Pero hoy necesitas aire.

Te dispones a salir. La has tapado con la manta hasta los hombros. Has cerrado las barras de seguridad. Todavía estás allí cuando alguien llama a la puerta de la habitación 123.

–Pase –dices.

Meto el equipaje en el coche.

–¿Qué has echado en la bolsa, Sébastien? Tengo la impresión de que es el doble de grande.

–Nada, trastos...

–¿Trastos, eh? Después de todo, no la llevo yo. ¡Venga, en marcha!

De nuevo vamos al campo. Al final, ayer, viernes, no me salté las clases. He imitado la firma de mi madre para la justificación de la tarde del jueves, y ha ido como la seda. La vigilante, una gruesa buena mujer entrada en carnes, ha cogido el papel sin apenas prestarle atención. Para mí era la primera vez. Nunca antes había engañado a la administración. A fin de cuentas, yo era un chico educado, amable y que no daba problemas. El tipo de alumno con el que sueñan los profes y los vigilantes. Un buen recluta.

Circulamos sin decir palabra. Papá ha sintonizado en la radio France Culture. Ni siquiera he rechistado. Una emisión sobre el arte arquitectónico. Vamos, tan interesante como una clase de buenos modales. Cuando hemos recorrido la mitad del trayecto, mi padre rompe el silencio.

–¿No quieres decirme lo que hay en tu bolsa?

Lo atormenta la bolsa. Los adultos son así, si no dirigen tu vida de la A a la Z, se sienten confusos. Como si pensarán que su hijo es una *cosa suya*. Haz esto. Haz aquello. ¿Adónde vas? ¿De dónde vienes? Y aún es peor porque mis padres están divorciados. Siempre tienen algo que reprocharse mutuamente. Para mi madre, mi padre cede a todos mis caprichos. Para mi padre, mi madre no se ocupa lo suficiente de mí. La historia del vodka es la prueba. Para ella, precisamente esta peripecia es consecuencia de la falta de autoridad de mi padre. Que si patatín, que si patatán. Un día te das cuenta de que tus padres no son más que réplicas de ti mismo, pero en grande. Tienen las mismas angustias, los mismos miedos y también las mismas alegrías. Críos con senos y bigotes. Con pelo en las patillas y carmín en los labios.

Otro día, uno se entera de que su padre es un cobarde. Uno espera que sea un asesino, al menos que tenga un poco de cara. Pues no. Solo un cobarde que se comporta como si nada hubiera ocurrido. Que no se preocupa de mí. De lo que pienso, de lo que siento. Solo le importa él. No ir a la cárcel. Negar la evidencia. Mago de lo real, prestidigitador lamentable.

–¡Sébastien! ¡Oh! ¿Vas a poner mala cara todo el fin de semana? Si no quieres decirme lo que hay en tu bolsa, guárdatelo para ti. Para lo que me importa... –No pensaba responderle, quería dejarlo cocinarse en su propio jugo–. Como quieras –murmura.

Ya está, es un buen momento. Ha aflojado. Tiene la impresión de hacerme un favor.

–De acuerdo, te lo digo...

–¿Eh? –dice, sorprendido e incluso un poco molesto.

–Son mis cosas para esta semana. Espero que para la próxima me traigas cosas limpias.

–¿Qué?

Ha girado la cabeza hacia mí, con una expresión de profunda sorpresa grabada en la cara. Como si acabase de anunciarle que iba a ser abuelo.

–He decidido quedarme las dos semanas de vacaciones de febrero en tu casa de campo.

Está a punto de atragantarse. La sorpresa ya no le hace ser abuelo, sino claramente bisabuelo.

–¿Con qué cuentos me vienes ahora?

–¿Con qué cuentos? ¿Qué te parece esta cancioncilla?: «Querido papá. Sí, voy a pasar mis vacaciones en el campo. Querido papá. Tu hijo, Sébastien, va a vivir quince días solo sin sus padres. Querido papá».

Canto realmente. El estribillo, «Querido papá», lo recito lo más alto posible.

–¡Deja de chotearte de mí!

Él no canta, grita.

He tenido buenos maestros. Conozco su manera de actuar. También la de mi madre. Cuando su interlocutor se pone nervioso: adoptar un tono de voz pausado, hablar con lentitud subrayando cada palabra. En primer lugar, resulta irritante. En segundo, hace perder los papeles al otro. *El otro*, hasta este día, era yo. Inversión de papeles.

–Papá. Te. Digo. Que. Voy. A. Quedarme. En. El. Campo. Durante. Las. Vacaciones. Está. Decidido.

El rostro de mi padre se pone rojo como una amapola. Un bonito color que destaca sobre su camisa blanca.

–Me paro en la primera área y lo hablamos –anuncia escupiendo salivillas.

Tomamos un desvío de la autopista. Mi padre aparca el coche en un área de estacionamiento. Apaga el motor. Se vuelve hacia mí. Me mira fijamente, con cierta maldad.

–¿Y a qué debo el honor, si puede saberse?

Hace grandes esfuerzos para contenerse. Transpira. El sudor le corre por el cuello y le moja el cuello de la camisa. Espero un momento. No hace falta responder a su pregunta, que, por otra parte, no lo es en realidad. Simplemente es un intento de intimidación.

–Escucha, papá. Hemos vivido cosas juntos que...

–Te lo advierto, no hables de eso...

La amapola se ha convertido en violeta. Se pasa un dedo por el cuello de la camisa.

–¿Quieres que salgamos? –pregunto.

–¡No!

–De acuerdo. Si no quieres hablar... Pero no puedes negar lo mucho que he sufrido...

–¿Cómo? ¡Tú no has sufrido nada! Todo lo que he hecho ha sido para protegerte. La vida ha seguido su curso, punto final.

–Sí, su curso... pero ligeramente desviado, ¿no? Tienes que entender que necesito... cierta descompresión. ¿Cómo decís los padres? ¡Ah, sí! Encontrarme a mí mismo. Eso

es. Recoger los pedazos...

–¿Y esa es la razón por la que quieres quedarte en un agujero en medio de ninguna parte durante quince días?

–Te recuerdo, querido papá...

–¡No empieces otra vez con esa canción idiota!

–Te recuerdo entonces que a ese agujero vamos prácticamente cada dos semanas.

–Pero vamos cuando estamos juntos, que es mejor para los dos. Hay aire puro y...

–Las vacas, los pajaritos, los bichos, el tañido de las campanas, la granjera y la lechera, ¿es eso?

–Sébastien, lo tergiversas todo...

–A ti tampoco se te da mal lo de andarte por las ramas, papá. Pero bueno, es un poco tu especialidad... después del accidente, tú...

No la he visto venir, pero, en cambio, sí la he sentido aterrizar. No me olvidaré fácilmente de esa bofetada. Me ha estampado la cabeza contra el cristal. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar. La mejilla me arde, pero no la froto. Noto el chichón que me crece en la parte trasera del cráneo.

–¿Es tu manera de discutir?

Mi calma es olímpica. Me sorprende a mí mismo. En el fondo, sé que he ganado la partida. Ese bofetón representa para mí una victoria. Es la prueba de que yo marco el compás.

Mi padre se siente culpable. No sabe cómo excusarse. Se saca un pañuelo del bolsillo y se suena. Inspecciona el resultado en el pañuelo, con el aire de un especialista, doctor en mocos. Saboreo el silencio que reina en el coche. Hace un momento estaba sobre ascuas. Ahora esto será más bien una balsa de aceite.

–No sé qué me ha pasado, Sébastien.

–¡Pues yo sé muy bien que me he llevado una buena hostia!

–¡No seas vulgar!

–¡No seas brutal!

–¡Vale, vale! Tiempo muerto. Háblame un poco más de tu idea...

Volvemos a ponernos en marcha después de diez minutos de explicaciones. No ha dicho sí. No ha dicho no. He elegido el único pretexto que podía admitir: mi madre trabaja y él también, que esté solo en casa de mi madre o aquí en el campo no es muy diferente. Bastará con hacer la compra. Llenar al máximo el frigo y el congelador. Nos llamaremos todos los días por teléfono a horas fijas. Así, mis padres sabrán que todo está bien. Mi padre se las arreglará con mi madre. Gritará un poco, pero finalmente cederá ante los hechos consumados. Se pelearán. Se reconciliarán. Tienen un hijo, yo, y están obligados a entenderse.

Así que el domingo por la noche, ante la casa de campo, asisto a la partida de mi padre en su nuevo Rover, que ha comprado después del accidente con la prima del seguro. Saca la cabeza por la ventanilla de la portezuela y dice:

–Te llamo en cuanto llegue.

Agito la mano a modo de despedida.

El lunes y el martes, voy de un lado a otro. Mis padres me llaman, cada uno a una hora convenida. Mi padre me ha prestado su móvil. Tiene otro. Así pueden localizarme sin problemas.

El campo no es ninguna juerga. Me han dejado instalado a cuerpo de rey. Al menos, eso me da un tiempo para reflexionar, pero también para arreglar mi bici de los diez años. Papá me la había regalado para mi cumpleaños. La trajimos aquí. Tenía todo el espacio para mí. Resultado, he debido de usarla unas tres veces como mucho.

La bici está en un estado de suciedad repulsivo. Tengo que quitarle el polvo y pelearme con las telarañas. Las ruedas están deshinchadas, pero por suerte no pinchadas. A pesar de todo tengo una duda. ¿No será demasiado pequeña para mí? En cuatro años he crecido por lo menos cuarenta centímetros. Todos en las piernas. Un espárrago.

Cuando la bici está casi potable, es el momento de hacer una prueba. La saco al patio, delante de la casa. Hace un día de perros. Me monto a horcajadas. Las rodillas bajo los brazos y el mentón en el manillar. No va a ser fácil. Bajo. Sitúo el sillín y la horquilla del manillar en su posición más alta. Vuelvo a subir. Mejor, pero tampoco para echar cohetes. Doy un golpe de pedal. Allá voy. De través. Dos metros y casi me caigo al suelo. Tengo la impresión de ser un asno encaramado a un velocípedo. Debo de estar ridículo. ¿Cómo voy a conseguir recorrer los doce kilómetros que me separan de Mézière? Misterios sin resolver.

En la noche del martes al miércoles, no dejo de levantarme. De bajar los radiadores. De subirlos. De volver a acostarme. De quitar la manta. De subírmela hasta la barbilla. Frío. Calor. ¡Nunca tibio! Unas ideas locas corren por mi cabeza. De pronto, voy. De pronto, no voy. ¿Qué me pasa? ¡No, no soy como mi padre!

Noche de insomnio.

Por la mañana, no consigo tragar el chocolate. Me doy por vencido. Me dejo caer en el sofá del salón y, por enésima vez, marco el número del hospital. Antes de ir, ya me he informado sobre Francine Marchadet. Por teléfono, me habían indicado que ocupaba la habitación 123. ¿Quería hablar con ella? En ese momento siempre colgaba. No, no quería hablar con ella. Verla me parecía más sencillo. Necesitaba volver a verla, aunque solo fuera un minuto. Estaba seguro de que esa confrontación me haría bien. Estaba viva. Tenía un hijo. Habíamos hablado por teléfono. Su historia, su accidente y, ciertamente, una parte de su dolor también eran míos. Eso era antes de estar entre la espada y la pared. Vacilo hasta mediodía. Mi padre llama.

—¿Cómo te las apañas?

—Perfectamente.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—¿Montar en bici?

—¿Cómo? ¿Qué bici?

—La que está en el cobertizo.

–¿Me tomas el pelo?

–Sí.

–Ya me parecía. Bueno, tengo que irme, te llamo esta noche.

–Vale. Yo...

Ha colgado. El clic del aparato ha resonado en mí como una señal de partida. Me levanto. Voy a coger la bici. ¡Y me marchó!

El que no ha hecho nunca doce kilómetros en una bici de niño no sabe lo que significa sufrir. Solo los descensos me procuran un cierto alivio. Cada cuarto de hora tengo que pararme para estirar las piernas y masajear mis músculos doloridos. Tengo las nalgas hechas trizas. La espalda igual. Los brazos reventados. Sudo. Me hielo. Me duele. Ganas de tirar la bici. De dar media vuelta. Y para colmo, a un kilómetro del hospital, llueve. No una ligera llovizna, no. Una diluvio suficiente para construir una nueva arca de Noé. Cuando llego delante del hospital, estoy calado hasta los huesos. Enjuagado. Liquidado. Un verdadero zombi.

Entro en el vestíbulo. He dejado la bici fuera, sin cadena. ¿Quién robaría ese trasto? Me peino como puedo. Me dirijo a la recepción, cuando me viene la idea terrorífica de que tendré que hacer el camino en sentido inverso para volver a casa. Estoy a punto de llorar.

–¿Está bien? –pregunta la recepcionista cuando me ve delante de ella.

Con algo parecido a un gímoteo le digo:

–¡Perfectamente! –No sé si capta mi sentido del humor–. ¿Para ir a la habitación 123, por favor?

–Al fondo del pasillo, a la izquierda, en la primera planta –responde.

No tomo el ascensor. Subo las escaleras de cuatro en cuatro para entrar en calor. Se me pega la camisa a la piel. El pantalón me pesa una tonelada.

Habitación 119. Habitación 121. Habitación 123. Ya estoy. Una auxiliar de enfermería empuja un carrito. Se cruza conmigo. Me pega un repaso y acaba sonriéndome.

–¿Llueve?

–¡No, me he olvidado de quitarme la ropa antes de la ducha!

Parece que mi frase le ha hecho gracia, pues se le dibuja una gran sonrisa en la cara. Me da una servilleta de papel.

–La próxima vez, por lo menos quítese los calcetines –dice, y se aleja con el carro que chirría.

Habitación 123. Tengo un nudo en la garganta. Vacilo. Tengo que lanzarme. Golpeo tres veces.

Toc.

Toc.

Toc.

–¡Pase!

–¡Pasa! ¡Pasa! ¡Hace mucho que te espero, cariño!

Tu madre se ha incorporado en la cama. Desde que la fractura de la cadera se ha consolidado, puede sentarse casi sin sufrir. Tiene una sonrisa radiante. Los ojos le brillan con una felicidad inexplicable. Miras al chico que acaba de entrar en la habitación. Se diría que ha estado en una lavadora y que se han olvidado de centrifugarlo.

–¿Es esta la habitación de la señora Marchadet? –pregunta con voz tímida.

Debe de ser el calor del hospital, pero el chico humea. Literalmente, echa humo. Un halo de vapor lo rodea. Avanza y el vapor lo acompaña.

–Perdone, ¿le molesta que pase?

–¡Pues claro que no! ¡Entra, cariño!

Callas. Esperas a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Tienes la vaga impresión de conocerlo. El chico se te acerca. Te tiende la mano. Se la estrechas.

–Sébastien –dice–, soy Sébastien... Si es usted el hijo de la señora Marchadet, hablamos por teléfono la semana pasada...

–¿No le das un beso a mamá, cariño?

Retiras la mano. Encaramada en su labio superior, notas una fina línea de gotitas de sudor.

–Sí. Soy Loïc Marchadet.

–Eh, chicos, no os olvidéis de mí.

Sébastien se acerca a tu madre y le tiende la mano a su vez. Ella la toma. Lo atrae hacia sí y rodea a Sébastien con los brazos. Lo obliga a darle un beso.

–¡Cuánto tiempo! –exclama–. ¿Dónde has estado para olvidarme así?

Sébastien duda. Farfulla una frase imprecisa y consigue desembarazarse del abrazo tentacular de tu madre.

–¡Mamá! No es tu hijo... Solo tienes uno. ¡Te lo he dicho un millón de veces! Por favor...

Sébastien retrocede un paso. Se lee la incompreensión en su cara.

–¡Cómo! Por supuesto que es mi hijo... ¡Es tu hermano!

–No, mamá. Tú solo has tenido un hijo. Soy tu único hijo.

–¡Te digo que sí! Vamos a ver el árbol genealógico.

Te resignas. Coges la doble hoja de la bolsa y la extiendes en la cama.

–Mira, mamá, fíjate, no está su foto.

Tu madre roza con el dedo cada fotografía, una tras otra. Los ojos se le llenan de lágrimas. De repente, vuelve a una de las imágenes. Sonríe.

–¡Este! ¡Es este!

–No, mamá, ese es el primo Alexandre. Es una foto vieja. Ahora tiene casi treinta años.

–Alexandre... –murmura tu madre, pensativa–. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

Se dirige al chico. Lo miras. Esperas que saque a tu madre de su engaño, pero se ha convertido en una estatua con las mandíbulas bloqueadas.

–Lo estás molestando, mamá.

Ahora tu madre llora de veras. Guardas el árbol genealógico. El chico se adelanta hacia tu madre. Le coge la mano. Ella levanta los ojos hacia él, llena de esperanza.

–Lo siento, señora Marchadet, no soy su hijo. Soy Sébastien. Solo nos hemos visto una vez...

Entonces se produce un extraño acontecimiento. Asistes como espectador, todavía con el árbol genealógico entre tus manos. El chico se lanza sobre tu madre. Casi se echa sobre ella, cruzado en la cama. Se pone a llorar a lágrima viva en su regazo. Tu madre le da golpecitos en la espalda. Canturrea una nana. Reconoces la melodía. Una canción infantil que tarareaba para consolarte cuando eras niño. Ahora eres tú el que llora. Una auténtica fuente. Imposible parar. Sollozas como un imbécil en medio de la habitación 123, la de tu madre, que tiene a un desconocido entre sus brazos.

–No es nada, pequeño... Venga, venga, que no es nada. También a mí me hubiera gustado que fueras mi hijo. Pero si Dominique dice que no lo eres... ¿qué podemos hacer?

No la corriges. *Dominique, Frédéric, Eric*, qué más da. Te sorbes los mocos ruidosamente y te secas la cara con el dorso del puño. El chico se levanta, avergonzado. Se mueve, nervioso, apoyándose alternativamente en una pierna y luego en la otra.

–Perdón –dice.

Tu madre se frota la nariz con la sábana. Y de repente, se hace el silencio, pesado, solo entrecortado por sorbidos. Vas a romperlo cuando se abre la puerta. Entran una enfermera y una auxiliar.

–Es la hora del baño, señora Marchadet. Hoy la lleva Lucette –dice la enfermera–. ¡Los médicos han decidido que cinco días después de despertarse, ya se merece un chapuzón!

Lucette, la auxiliar, muestra una amplia sonrisa. Al acercarse a la cama, se detiene a la altura del chico.

–¿Has podido secarte un poco, jovencito?

Sébastien no responde. Visiblemente confundido, se conforma con mover la cabeza. La enfermera desaparece un momento. Vuelve empujando una silla de ruedas.

–El coche de la señora ya está listo.

Entre las dos, ayudan a tu madre a sentarse, luego la sacan al pasillo.

–Regreso enseguida. ¡Esperadme! –suelta tu madre antes de desaparecer.

La puerta se cierra de nuevo. Os habéis quedado solos. El chico no se ha movido. Se ha quedado a la izquierda de la cama de tu madre, a unos dos metros. Con los brazos a lo largo del cuerpo, tiesos como un compás.

–Lo siento –dices–. Mi madre todavía no ha recuperado todas sus facultades. Espero que no estés muy molesto por lo que acaba de pasar.

Sébastien se queda mudo. Continúas:

–Si no recuerdo mal, tienes catorce años.

–Así es –dice al fin, sin ganas.

–¿Te han traído tus padres?

–No, he venido solo.

–Es muy amable por tu parte. Apenas si conocías a mi madre... Debisteis simpatizar muy rápido. Por otra parte, eso es lo que me extraña, mi madre, habitualmente, no es... Quiero decir, en su estado normal... No es muy habladora.

–Sí, así es.

Bruscamente, su voz es cortante. Estás sorprendido. Toses para ganar tiempo. Y para disimular tus sentimientos, guardas sin apresurarte el árbol genealógico en la bolsa. Cuando te giras, Sébastien ya no está en el mismo sitio. Se dirige hacia la puerta con paso inseguro, dispuesto a marcharse.

–¿Te vas ya?

El joven no responde. «Qué chico más peculiar», piensas. Sin que tengas tiempo de detenerlo, sale pitando. Abre la puerta brutalmente, empujándola en la pared. No intentas retenerlo.

–Qué chico tan raro –murmuras para tus adentros.

Vas a echar una ojeada al pasillo, pero ya no está allí.

Bajo las escaleras. No sé cómo me las apaño para no caerme y romperme la crisma. Una vez llegado a la planta baja, me doblo por la mitad. Una pinchazo me cizalla los costados. Recupero penosamente la respiración. Acabo de vivir el cuarto de hora más complicado y más inquietante de mi vida. Esa mujer que quiere a toda costa que sea su hijo. Su hijo, con nosotros en la habitación, llorando como una magdalena. Yo también. Su madre también. No sabía dónde meterme. Ni qué decir. Ni qué hacer. Suerte que se la han llevado al baño. No habría sabido cómo salir del atolladero.

Tengo que irme. Rápido. ¡Qué idea más estúpida he tenido!

Cuando telefonee mi padre, le pediré que venga a buscarme. No quiero quedarme aquí. Tenía razón, la vida ha retomado su curso. Esas personas no forman parte de la mía. No les debo nada. No son nada para mí. Ahora es demasiado tarde... Sí, demasiado tarde.

Estoy en la sala de espera. Está llena de gente que discute, van de un lado a otro o están sentados, encerrados en sí mismos, como ausentes. Una silla queda libre, me instalo. A unos pasos hay una máquina dispensadora de chucherías. Me levanto. Voy hasta ella. Deslizo una moneda en la ranura. Marco el código A24. El mecanismo se pone en marcha. Empuja un paquete de Mars. Lo cojo de la bandeja y vuelvo a sentarme.

A través de los ventanales de la sala de espera, observo el ajetreo incesante de enfermos, heridos, lisiados y otros visitantes. Fuera llueve y decido esperar a que la lluvia pare antes de irme con mi orgulloso purasangre a pedales. Sonrío al evocar esa imagen. Me veo, con las rodillas en el mentón, pedaleando como un descosido. Para acabar de arreglarlo, sé que habrá más subidas a la vuelta que a la ida.

Me he acabado la chocolatina. La ropa prácticamente se me ha secado. Paso la mano debajo del jersey. En algunos sitios mi camisa todavía está húmeda. Me doy cuenta de que no me he quitado la cazadora desde que he entrado en el hospital. Me levanto y me la quito. Me vuelvo a sentar. Espero. Media hora más tarde la lluvia ha cesado. El cielo se ha despejado. Me pongo la cazadora y salgo. El frío es soportable. Pronto serán las tres de la tarde, tengo tiempo de volver antes de que se haga de noche.

Estoy en la acera, delante del hospital. Al principio conservo la calma, pero mi alarma crece por momentos. ¡Mi bici! La había dejado ahí, contra esa valla. Corro a la derecha. A la izquierda. Nada. Pero estaba aquí. Era una bici cochambrosa. ¡Y aun así me la han robado! Alucino. ¡Una bici miserable! De nuevo voy de aquí para allá. La locura es total.

—¡No puede ser!

He gritado. Los transeúntes se giran hacia mí. Me escudriñan.

–¡La bici! ¡Me han robado la bici!

Un señor mayor menea la cabeza. Una señora se encoge de hombros. Esperaba una palabra de consuelo, una ayuda cualquiera, pero nada. Es absolutamente necesario que me domine. Que reflexione. ¿Qué debo hacer? No llevo bastante dinero encima para coger un taxi. Podría pagarle al llegar, pero nunca me atrevería a proponer semejante arreglo, seguro que no se fiaría de mí. Todas esas circunstancias me recuerdan que no soy más que un crío. Es extremadamente desagradable.

Vuelvo al interior del hospital, aunque no sea más que para resguardarme del frío. Reflexiono. Pero se diría que he perdido el juicio. Vacío absoluto. Una masa blandurria en vez de sesos. Un agujero negro. Y la misma pregunta se me repite en bucle en la cabeza: «¿Qué hago?».

Pues bien, hago cola en recepción. Tras el mostrador sigue la misma mujer que cuando llegué. Es mi turno. Me reconoce.

–¿Ha encontrado la habitación?

–Sí, pero tengo un problema...

–¿Ajá?

–Me han robado la bici.

–¿Ajá? –repite.

Me da la impresión de que mi historia le interesa un comino.

–¿Hay algún autobús en la ciudad que pase por Frais-Marais?

–¿Por dónde?

–Frais-Marais.

El nombre del pueblo en el que se encuentra la casa de campo de mi padre no parece decirle gran cosa.

–Frais-Marais –dice dubitativa–. ¿Dónde está eso?

–Cerca de aquí.

–No avanzamos mucho... No tengo ni idea. Tendría que dirigirse a la Oficina de Turismo para informarse.

La gente detrás de mí se impacienta. Oigo con claridad a alguien que dice que esto no es una oficina de información.

Estoy en el vestíbulo. Hacía tiempo que no me sentía tan perdido. Echo una ojeada al exterior con la esperanza de volver a ver mi bici, reaparecida como por ensalmo. Esperanza inmediatamente frustrada. Cavilo. Camino arriba y abajo. Y luego, de pronto...

Subo las escaleras a contracorriente. Llego a la primera planta. Habitación 123. Llamo a la puerta y entro sin esperar.

Está allí, sentado en una silla cerca de la ventana. Se sorprende al verme. Se levanta.

–¿Sébastien?

Dudo. El impulso que me ha traído hasta aquí se ha desvanecido de manera brusca.

–Eh... sí. Siento... haberme ido así de repente...

–Lo entiendo. No te preocupes. Ya sabes, mi madre...

–¡No es culpa de tu madre!

He hablado un poco alto y un poco rápido. Lo he tuteado, eso me molesta. Como si estuviera en falta.

–Perdón. Quería decir *su...*

–Déjalo estar, si no te importa. Habíamos dicho que nos tuteábamos.

–Sí, me acuerdo.

–Bueno... ¿qué hay?

–¿No ha vuelto tu mamá?

–No.

Me bloqueo. Busco una manera de explicarle que me han robado la bici sin que me tome por un subnormal profundo. Quizás haya una solución. ¿Un vehículo? Ahora bien, seguro que no tiene carné de conducir, así que tampoco coche. Ha debido de venir en bus.

–¿Has venido en bus?

Se sorprende por mi pregunta.

–Eh... no. ¿Por qué?

El dique cede. Definitivamente, es mi día de lloriquear y sollozar. Los nervios, quizá. Le cuento mi desgracia entre gemidos. Una desgracia que ya ha tomado tamaña proporción que no estoy seguro de poder salir vivo de esta.

–Me han robado la bici. ¡Una bici cochambrosa como esa! Nunca hubiera pensado que me robarían una bici en ese estado...

–Hola, niños. ¡Ya estoy limpia como una patena!

La madre de Loïc entra en la habitación en su silla de ruedas empujada por Lucette, que me mira de arriba abajo y menea la cabeza.

–Cuando no le llueve fuera, le llueve dentro, ¿eh, jovencito?

Debe de ser de origen antillano. Posee una sonrisa que te desarma y una voz cantarina que neutraliza su sarcasmo. Me sorbo los mocos ruidosamente.

–Pero bueno... –dice–. ¿No le han enseñado a sonarse?

Se saca del bolsillo de la bata una servilleta de papel como si fuera un dispensador.

–Tenga. Pruebe con esto.

Ayuda a la señora Marchadet a reinstalarse en la cama.

–Los dejo –dice Lucette.

Sale, no sin obsequiarme con una mirada insistente.

–Eric, ¿quieres que juguemos a las cartas para pasar el rato? Sébastien jugará con nosotros. ¿Os parece bien una partida de *Mille bornes**? –pregunta la señora Marchadet.

–Loïc, mamá, Loïc...

–Eso es, Loïc.

Su hijo pone en la cama un juego de *Mille bornes* que ha sacado del armario. Llevo sin jugar años.

Durante la hora siguiente, alineamos los kilómetros sobre la manta. La señora Marchadet es una campeona. Nos da una paliza tres partidas de cuatro. Casi he olvidado el robo de mi bici cuando Loïc me pregunta:

-Bueno, y ¿cómo arreglamos lo de tu bici?

–¿Vas a seguir adelgazando a este ritmo? ¡Terminarás por volverte transparente!

Era un viernes por la noche. Joseph, tu tutor mientras se recupera tu madre, había pasado por casa para darte el dinero para la semana. Llevaba tiempo preocupado por ti. No le gustaba mucho saber que ibas cada día en bici al hospital.

–Te vas a dejar la salud, Loïc.

Adoptó un aire reflexivo, antes de continuar:

–Sobre todo, no te muevas. Me acerco un momento a mi casa y vuelvo.

Te dejó allí plantado. Una hora más tarde, estaba de vuelta. Bajó del viejo Renault 4L, versión furgoneta, lo rodeó, abrió el maletero. Tú lo mirabas apresurarse, incrédulo. «¿Qué estará maquinando?», pensabas, perplejo, con las manos en los bolsillos.

–¡Ale-hop!

Joseph se dirigió hacia ti empujando una *mobylette*. A primera vista, databa de antes del diluvio, quizá del mismísimo big bang. Azul. Los mangos del manillar dirigidos hacia el depósito. Dos alforjas en la parte de atrás. El caucho de los pedales completamente gastado.

–Era de mi hijo mayor. ¡Ahora es tuya! Funciona perfectamente. Como nueva, ya verás.

Joseph la apoyó en el caballete. Contemplaste el artefacto con un cierto escepticismo. Lo cierto es que no acababas de verte en cuclillas sobre aquella *cosa*, con los codos pegados al cuerpo, pedaleando en las subidas. A veces te cruzabas en tu camino con una de esas antiguallas conducida por un energúmeno, con la cabeza en el manillar y la espalda encorvada. La imagen del piloto sobre su *mobylette* te parecía especialmente ridícula.

–¡Y aquí está! ¡La sorpresa del chef! –exclamó Joseph, al que habías perdido de vista un momento.

Entre sus manos, con los brazos extendidos, llevaba un casco integral.

–Lo usaba mi hijo pequeño cuando tenía una moto de gran cilindrada. Nunca me han gustado las motos, ya lo sabes. Así que estoy encantado de que ya no la tenga. Y como la ley te obliga a llevar un casco, he pensado...

Abriste la boca, pero no acertaste a decir palabra. Te resultaba difícil aceptar esa imagen tuya, con el casco integral atornillado en la cabeza, sobre la *mobylette*.

–Un grillo motorizado –murmuraste finalmente.

–¿Qué dices, Loïc?

–*Gracias*, Joseph...

De eso hace ya un mes. Desde entonces has cambiado de opinión. La *mobylette* es una bendición. Te permite ganar tiempo y ahorrarte cansancio. Aceptas de buena gana las

miradas divertidas que algunas personas te dedican al pasar. Al principio, el casco integral te resultaba muy pesado. Sufías rigidez en la nuca y tenías entumecidos los hombros. Pero con el tiempo, esas pequeñas molestias sin importancia desaparecieron. Ahora eres un as en tu *mobylette*. La dominas a la perfección. Sabes cuándo darle gas, cuándo pedalear, justo antes de las cuestas, para proporcionarle impulso. Sabes tomar las curvas inclinándote cuarenta y cinco grados. Los dieciocho kilómetros, a la ida y a la vuelta, se han convertido en un juego de niños. Excepto esta noche, en la que cargas, sentado detrás de ti en el portaequipajes, a ese chico al que apenas conoces.

—¿Vas bien? —preguntas.

Pero no te oye. El ruido del motor y, sobre todo, el casco integral que le has obligado a ponerse a pesar de sus protestas, lo impiden. Sébastien te rodea la cintura con los brazos. Se aprieta contra ti. Debe recoger las piernas para que no le rocen los pies con el suelo.

¡Menudo paquete, maldita sea!

Habéis dejado el hospital al final de la tarde y ya era de noche. Tu madre estaba cansada pero contenta. Ha besado a Sébastien en las dos mejillas.

—Mañana te veo, ¿de acuerdo?

Sébastien te ha lanzado una mirada implorante. Lo has sacado del apuro al tomarle el relevo.

—Hasta mañana, mamá.

La lluvia no ha acudido a la cita, mucho mejor. La *mobylette* sufre bajo vuestro peso. En las cuestas, Sébastien colabora empujando con los pies. Rezas para no cruzarte con los gendarmes durante el camino. Ahora ya conoces a algunos, pero no estás seguro de que aprecien apropiadamente el espectáculo que ofrecéis.

Han venido en varias ocasiones a preguntar sobre el accidente. No has hecho más que repetir: «No he visto nada, iba demasiado rápido, mamá estaba allí, luego desapareció y reapareció». Chasqueas los dedos para subrayar su reaparición. Insisten. Te han dejado un número de teléfono al que llamarlos si alguna vez te viene a la memoria algún detalle. Pero, en cuatro meses, la investigación no ha avanzado ni un milímetro.

Conoces Frais-Marais. Te obliga a dar un rodeo, pero no puedes dejar que ese crío se las apañe solo. Y menos aún si no es de la zona.

—¿Vas bien? —repites.

Es inútil, no te oye. Le aprietas el brazo mientras sueltas el manillar. La *mobylette* da un bandazo. Responde a la presión con otra. No sabes por qué, pero te gusta mucho ese chico. Algo en él te emociona. Quizá haya una semejanza entre vosotros. O una fraternidad masculina. O... ¡O nada, jolín! Es así, no tienes que buscar una explicación a todo.

Al salir del hospital, te ha confesado que estaba solo en Frais-Marais, en la casa de campo de su padre, y para todas las vacaciones de febrero.

—¿Tanto confían en ti tus padres a tu edad?

—No tienen elección.

- ¿Cómo?
–Nada. Les he forzado la mano un poco.
–¿Ah, sí?
–Una larga historia... Los padres...
–Yo no tengo padre –has dicho.
–No lo sabía.
–Ahora ya lo sabes.

Una cuesta. Pedaleas. Sébastien corre al lado de la *mobylette*. Ha levantado la visera del casco.

- Necesito desentumecer las piernas –grita.

En la cima, sube sobre el portaequipajes, con las piernas separadas a un lado y otro de las alforjas. De nuevo se agarra a tu cintura.

- Casi hemos llegado –anuncias al viento.

¿Por qué has hablado de tu padre? ¿Por qué has sido tan tajante? ¿Celos? Él, Sébastien, tiene a sus dos padres. ¿Lo envidias?

–Mi padre y mi madre están divorciados –ha precisado, después de un silencio de varios segundos.

Llegabais cerca de la máquina estacionada en el aparcamiento de motos del hospital. La *mobylette* daba pena. Una pulga entre mamuts.

- ¡Ah! –ha exclamado Sébastien.

- Sí, llevas razón: ¡ah!

Os habéis echado a reír. La tensión entre vosotros se ha desvanecido de repente.

- Va a ser bonito...

- ¿Mejor que en tu bici de crío, no?

- Sí... Aunque...

Y unas buenas risotadas.

Sébastien te da un golpe en la espalda, estira el brazo y apunta un dedo en dirección de una casa. Ya es noche cerrada. El faro de la *mobylette* alumbraba justo un metro delante de él. Tu cara está helada. El frío se te ha metido en los huesos. Ya era hora. Subes a la acera y te paras delante de un portalón. Sébastien baja. Se quita el casco integral.

- Es aquí –dice–. ¿Entras? Te ofrezco una bebida caliente.

- Vale, no te digo que no.

Con gesto experto, apoyas la *mobylette* en el caballete. Coges el casco de las manos de Sébastien y lo colocas sobre el manillar, con el mango sobresaliendo por la visera. Entráis en la casa. Sébastien enciende la luz.

- Eh, bueno... esto es un...

- ¡Una leonera! Ya lo digo yo –corta Sébastien.

Ropa por todas partes. Platos sucios. Vasos. Envases. En resumen, un tremendo barullo.

–Es lo que se llama una casa de soltero. A tu padre no le va a gustar...

–Me da igual –responde Sébastien antes de entrar a la cocina–. ¿Chocolate caliente?

–¡Perfecto!

–Me alegro, porque no tengo nada más.

Te quitas la cazadora y la pones en el brazo de un sillón. Te fricciones los brazos. Te frotas las mejillas. Contemplas durante un momento el campo de batalla que se extiende a tu alrededor antes de sentarte en el sofá.

–¡Ya está listo!

Abro el cajón, pillo dos cucharillas y las pongo en los platillos. La leche se calienta sobre el fogón. Echo el chocolate en polvo en las tazas, añado dos terrones.

Loïc es un chico genial. Ese paseo en *mobylette* ha valido la pena. Nadie me creerá en el cole. Los dos, de noche, con el frío, en una *mobylette* descuajaringada que pierde aceite y gruñe al escupir un humo nauseabundo por el tubo de escape, ni siquiera en los tebeos se ve algo así. La leche se sale. Cierro el gas y vierto el líquido hirviendo en las tazas. El chocolate hace espuma. Pongo todo en una bandeja y voy a reunirme con Loïc.

–¡Ya está todo listo!

–¡Genial!

Está sentado en el sofá, con las piernas estiradas. Me instalo a su lado. Coge una taza, se la acerca a los labios.

–¡La hostia! ¡Está caliente!

Vuelve a dejarla y remueve con la cucharilla. Lo imito. No hablamos. Incluso evitamos mirarnos. Una inexplicable incomodidad se instala entre nosotros.

–Así que vives solo con tu madre –pregunto para no dejar que el silencio se adueñe de la situación.

–Sí... –Bebe y comenta–: O mucho me equivoco o esto no es leche fresca, ¿verdad?

–No, es de tetrabrik.

–Se nota. Tengo que hacerte probar la leche fresca de la granja. Verás qué diferencia.

No sé por qué, pero que piense que en un futuro próximo me hará probar leche fresca me anima.

–Tomo nota... ¿Te la llevan a casa?

–No, trabajo en una granja.

–¿Una granja?

–¿Te parece raro?

He hablado demasiado rápido. ¡Qué idiota! Voy a pasar por uno de esos engreídos de ciudad que consideran el campo un nido de paletos.

–No quería decir eso.

–Vale.

Nos bebemos el chocolate caliente a pequeños sorbos.

–¿Tienes hambre? –pregunto.

–¿Tienes pan y mantequilla?

–Duro y rancia, ¿te vale?

–Perfecto.

Me levanto y me dirijo a la cocina. En el frigo, detrás de un resto de jamón verdoso, pillo la mantequilla.

–¿Cuántas rebanadas quieres? –grito.

–¡Las mismas que tú!

Corto dos para cada uno. El pan no está duro, pero tampoco tierno. Extiendo la mantequilla. Me tomo mi tiempo. Mientras, pienso en la madre de Loïc. En su mirada a menudo ausente. En su forma particular de agarrar a la gente y obligarla a inclinarse hacia ella. Varias veces me ha hecho sentir incómodo. Y luego, de repente, en el momento en el que menos me lo espero, vuelvo a verla bajo los haces de los faros del Rover, con la expresión de un búho deslumbrado y los grandes ojos dilatados. Se me cae una rebanada al suelo. La recojo y la tiro a la basura.

Soy culpable. Esa certeza me taladra el estómago. Está en el hospital, en ese estado, por culpa mía y de mi padre. La huida. La cobardía. Todavía oigo los gritos alegres de la madre de Loïc mientras jugábamos: «¡Mil kilómetros! ¡Gano otra vez!». Entonces, vuelvo al salón.

–¿Qué te pasa? –pregunta Loïc.

–Nada, ¿por qué?

–Estás blanco como si hubieras visto un fantasma.

–¿Ah, sí?

Sirvo las rebanadas en la mesa baja del salón.

–¿Comemos?

Muerde el pan, hace una mueca, se vuelve hacia mí.

–¿Quieres acabar conmigo? –exclama con la boca llena. Me quedo pálido.

–¡Eh! ¡Oh! ¡No, lo siento! Solo bromeaba. La rebanada está... buena. ¡Pero qué susceptible eres!

Me obligo a sonreír. Masticamos en silencio. De vez en cuando, con disimulo, observo a Loïc. Su rostro demacrado y expresivo es ya el de un hombre. Me pregunto qué pinta tengo a su lado, con los granos del acné en las mejillas y una barba de tres pelos en guerrilla. Noto que también Loïc espía mis reacciones.

¿Ha adivinado algo? ¿Y si lo sabe? ¿Y si me ha reconocido? No, imposible, todo pasó demasiado rápido. Las luces largas lo cegaron y le impidieron distinguirnos. De todo modos... si alguna vez...

–Estoy pensando en algo –dice Loïc interrumpiendo el curso de mis reflexiones.

–¿En qué?

Me tiembla la voz. Hago un esfuerzo desesperado para no dejar translucir nada.

–Una cosa. Una idea que se me ha ocurrido. ¿Quieres saber cuál?

La mantequilla me impregna los dedos. La rebanada se me dobla en las manos. La sostengo a la altura del mentón. No puedo levantar más el brazo, estoy paralizado.

–Eh...

–Vale, dado que muestras tanto entusiasmo, te diré lo que pienso. Mira, estoy contento de haberte conocido. No es que no conozca a nadie por aquí, pero, verás, todos me hablan de mamá. ¿Cómo sigue? Pobre chico... Eres muy valiente... Nos acordamos de ella... Cosas así. Al final resulta molesto. Entonces llegas tú, prácticamente un desconocido... no te ofende que te lo diga ¿verdad?

–¿A mí?... No, en absoluto.

–Mejor. En resumen, no solo me parece que al verte mi madre ha tenido un destello, un breve instante en el que se ha acordado de algo...

Un sudor frío me perla la frente.

–¿Estás seguro de que te encuentras bien? –se inquieta Loïc–. ¿No habrás cogido frío?

–No, estoy bien, en serio. No es nada. Solo el cansancio, creo. Va, continúa.

–De acuerdo. Pues lo que decía: creo que sería una tontería no volver a vernos. No forzosamente en el hospital, excepto que quieras complacer a mamá, por supuesto. Pero podríamos ir a dar un paseo tú y yo. Pasar una tarde juntos... Mira, por ejemplo, ¿alguna vez has ido a pescar truchas?

–¿Truchas? La verdad es que no. Las únicas truchas que he visto son las que venden empaquetadas en el súper.

–De piscifactoría... Un asco. Yo te hablo de la auténtica trucha, la de río. Flancos brillantes. Rápida como el rayo. Y astuta como ella sola. La pescamos y por la noche nos la comemos a la parrilla en un fuego de leña. ¿Qué me dices?

–¿En invierno? ¿En febrero? ¿No hace falta un permiso?

–Ya. ¿Y qué? No te preocupes. Conozco un rincón aislado, no lejos de aquí, ya verás... Nadie vendrá a molestarnos. Si estás de acuerdo, paso a recogerte el viernes hacia las dos. Llevaré un impermeable para ti, por si llueve. Supongo que tienes botas.

–Sí... Debe de haber unas en algún armario, en alguna parte.

–Perfecto. Vamos a ver... Mañana no puedo, he prometido pasar el día con mamá. Sabes, los médicos cuentan conmigo para ayudarla a recuperar la memoria. Árbol genealógico, anécdotas de la familia, fotos, amigos... en fin, todo eso.

Muerdo el trozo de pan. El sabor de la mantequilla me desagrada y el corazón me da un vuelco. ¿Tengo derecho a inmiscuirme en su vida? ¿Adónde me lleva todo esto? Dentro de ocho días me habré ido. Ellos se quedarán con sus problemas, y yo, con mi padre. ¿Quién necesita a quién? ¿Están todas las cartas sobre la mesa? Yo sé más que él. Por primera vez, tengo la tentación de confesárselo todo.

–¿No dices nada? –pregunta Loïc.

–Sí. Perdona. Es muy amable por tu parte tomarme bajo tu ala, pero...

–¡Eh! ¡De qué vas! ¡Bajo mi ala! ¿Me tomas el pelo? Ni hablar de que estés a mi cargo, bastante tengo con mi madre. Ya es bastante complicado ser a la vez el hijo de tu madre y su padre. Tener que enseñarle todo desde el principio. Quién es. Quién soy. ¿Te imaginas? ¡Por Dios! No puedes imaginarte lo que es...

Un sollozo lo enmudece. No sé dónde meterme. Qué vergüenza.

–Perdona –continúa–. Lo que quiero decirte es que, al contrario de lo que crees, me aprovecho de ti, ¿comprendes? Necesito *absolutamente* un compañero. Necesito un momento para mí y compartirlo contigo. Hacer algo distinto. Divertirme un poco. Incluso con un chaval como tú. Sin ofender...

–¡Adjudicado! Te espero el viernes. Vamos a pescar toneladas de truchas... ¡Sin envoltorio!

–¡Chócala!

Levanta una mano para que la golpee como para sellar un pacto oficial. La palmada

resuena en la habitación. Sendas sonrisas bobas nos iluminan la cara.

–Tengo que irme.

Loïc se levanta del sofá y pill a su cazadora.

–En marcha rumbo hacia nuevas aventuras motorizadas –bromea–. Aún me quedan cinco kilómetros en moto y ¡en casa!

Lo acompaño hasta el portalón. Le tiendo la mano el primero. Me la coge y me atrae hacia él para darnos un torpe abrazo. Una costumbre de su familia... que no impide que se me inunden los ojos de lágrimas. Nos separamos. Sube a la *mobylette*. Se alza como un bailarín y pedalea hasta que arranca. Explosión. Humo. El motor arranca.

–¡Y ahora, el casco!

Se lo pone. Levanta la visera. Me hace un guiño.

–¡Hasta el viernes!

La gomaespuma del casco ahoga su voz. Da un golpe de riñón. Sube el caballete. En marcha. Un último gesto de despedida levantando el brazo, y desaparece en la noche.

Solo queda el ruido del motor, que acaba también por desvanecerse en la lejanía. Entro en casa arrastrando los pies por el camino. En mi bolsillo, el móvil de mi padre vibra. Un abejorro.

–¿Diga? Sí, papá...

La corriente de agua arma un jaleo formidable. Después de haber dejado la *mobylette* apoyada contra un árbol, atravesáis un bosquecillo. Al acercaros al sitio de pesca, tenéis la impresión de que un lavavajillas funciona a todo trapo. Llegáis a un pequeño claro musgoso. Un enclave de verdor sembrado de enredadas matas de hierba y de toperas recientemente excavadas. La luz todavía intensa y cortante de las primeras horas de la tarde os deslumbra al salir de la penumbra del sotobosque. El río y las dos pequeñas cascadas están a solo una veintena de pasos.

–Hemos llegado –dices.

Vuestra respiración se condensa en volutas delante de la boca. Forma una tela de vapor opalino que se disuelve casi instantáneamente. El aire que respiráis está húmedo y helado, incluso duele cuando penetra en los pulmones.

–¿Crees que picarán con semejante frío? –pregunta tu amigo.

Su cara y su nariz están escarlatas. Durante el cuarto de hora en moto que habéis tardado en llegar al río desde casa de Sébastien, os habéis quedado congelados. Al llegar, habéis tenido que patear el suelo para calentaros los pies.

–Venía a menudo aquí cuando tenía tu edad. Nunca he vuelto con las manos vacías.

Mientes. Muchas veces no has pescado nada. Es inútil reconocerlo y estropear el placer del momento.

–Aquí es, hemos llegado.

Estáis a la orilla de un tramo alimentado por una cascada. El río corre sobre las piedras y se vierte en una piscina natural, antes de seguir su camino y de jugar de nuevo a la montaña rusa.

–Ten cuidado de no resbalarte, Sébastien. En algunos sitios la hierba todavía está helada. Así que mira dónde pones los pies.

Depositás las cañas en el suelo. Te frotas las manos enérgicamente. Esas dos cañas son las tuyas. Una es de bambú, la primera que tuviste. La otra es de fibra de vidrio.

–Toma, coge esta.

Señalas con la barbilla la caña de fibra de vidrio.

–Ya está preparada. Solo tienes que desplegar el sedal y cebarlo con un grano de maíz.

Has tenido la precaución de abrir anticipadamente el bote de maíz y de vaciar el agua que contenía.

Sébastien se agacha, recoge la caña y prepara el cebo. Tú tienes que montar la tuya. Pruebas el bambú. Lo doblas en todos los sentidos. Perfecto.

La víspera, pasaste la mayor parte de la jornada en el hospital. Tuviste una conversación con Martial, el médico a cargo de tu madre.

–Después de despertarse, en caso de amnesia, el paciente que sale de un coma

profundo tiene alrededor de dieciocho meses para recuperar el máximo de la memoria perdida. Pasado ese tiempo, las posibilidades de recuperarla son muy escasas –te explicó el médico–. Contamos con usted, Loïc. A lo largo de las próximas semanas, su madre debería recuperar toda la movilidad. Vamos a ver... Creo que hacia finales de marzo o principios de abril, podrá volver a su casa, si todo va bien.

Te entró el pánico, aunque acertaste a farfullar ciertas palabras de agradecimiento.

El médico te estrechó la mano con efusividad.

–Valor –dijo antes de desaparecer.

¿Tu madre en casa? ¿Por qué esa posibilidad te asusta? En realidad, tienes miedo de encontrarte solo, entre cuatro paredes, con ella. Con esa mujer que es tu madre, pero sin serlo completamente. Una desconocida que conoces demasiado para aceptar de verdad su minusvalía.

Has notado que a menudo finge saber que eres su hijo. Quiere agradarte. Cuando se equivoca sobre la identidad de las personas que le enseñas en foto, y cuando la corriges, asiente con un «¡Por supuesto! Es exactamente lo que quería decir. Se me ha trabado la lengua».

A veces, te observa de manera furtiva. Sospechas que intenta ponerte un nombre. Lo más desconcertante es que, después de varias horas juntos, no sabe quién eres. Duda, propone tímidamente un nombre, nunca el tuyo. La ayudas. Mueve la cabeza, sonrío, pero sus ojos revelan una gran angustia.

–¿Y ahora? –pregunta Sébastien.

Ha ensartado un grano de maíz en el anzuelo, tiene el sedal delante de él. El hilo de nailon translúcido oscila adelante y atrás.

–Regula la profundidad a unos treinta centímetros. Lanza justo en medio, allí donde el agua está más tranquila ¡y nos traes una barracuda!

Sébastien sigue tus consejos. Lanza el sedal. El flotador aterriza demasiado cerca. Lo levanta. Vuelve a empezar y esta vez sí que acierta.

–¡Genial! –exclamas–. Espero que no estés demasiado congelado.

–¡Ni hablar! Estoy listo para la pesca milagrosa.

Acabas de montar tu sedal, luego imitas a tu amigo. Vuestros dos flotadores están ahora en el agua. Un bandada de cuervos pasa por encima de vuestras cabezas.

–Mamá, quería decirte...

Se sobresaltó. No estaba dormida realmente, pero dormitaba. Detrás de las ventanas, el día comenzaba a declinar.

–Mañana, viernes, no vendré. He prometido a Sébastien ir a pescar con él por la tarde, y por la mañana me gustaría dormir un poco para estar en forma. ¿Te parece bien, mamá?

Hizo un gesto impreciso con el brazo, con la mirada perdida en el vacío.

–¿Eso es un sí?

–¿Tu hermano no es un poco joven para ir de pesca?

–Mamá... Cuántas veces tengo que decirte que Sébastien no es mi hermano. Y,

además, tampoco es tan joven.

–¡Da igual! ¡Parece que fue ayer cuando le daba el pecho!

Un sentimiento de impotencia te invade.

–Eso es mamá, ayer... le dabas el pecho.

–¡Ah! ¿Lo ves?

–¡Han picado! –grita Sébastien.

Alrededor de su flotador, se empiezan a formar ligeras ondas en círculos concéntricos.

–Ten cuidado de no tirar demasiado pronto. Espera a que el flotador se hunda profundamente.

Sébastien, que se había sentado, se levanta, febril.

–¿Hay que tirar fuerte?

–Ni mucho, ni poco.

Los minutos pasan. El flotador ya no se hunde. El tuyo, por su parte, chapotea tranquilo en la superficie verdusca. Unas lentejas de agua se han amontonado a su alrededor.

–Vamos a recoger los sedales, a ver si todavía están los granos de maíz. Pero tira de todos modos, nunca se sabe.

Sébastien no debía de esperar otra cosa, un poco de acción. Da un buen golpe de muñeca, la parte baja del sedal planea por encima de su cabeza, y acaba su vuelo en medio de un grupo de arbustos.

–¡Eh! ¡Tranqui!

–Lo siento –se excusa Sébastien.

En cuanto libera el sedal de los arbustos ponéis nuevos cebos. Los granos están casi congelados. Tienes los dedos entumecidos y no notas la punta del anzuelo cuando penetra en la pulpa del pulgar. Te sale una gota de sangre.

Te chupas el dedo y te lo frotas en el pantalón. Sébastien, mientras tanto, ya ha vuelto a meter el sedal en el agua.

–¡Ah! Y además te aviso de que los gendarmes han dejado un mensaje en el contestador.

–¿Los gendarmes? –preguntó tu madre, sin entender de qué hablabas.

–Sí, los gendarmes.

–¿Has hecho alguna tontería?

–¡Claro que no! Solo es que los médicos han dado luz verde para que vengan a hacer algunas preguntas sobre el accidente.

–¿Qué accidente?

–El tuyo, mamá.

–¿De qué hablas? Yo no he tenido ningún accidente.

–Sí.

–No.

–Como quieras. Ya te aclararás con ellos.

–¿Qué?

–Escucha, mamá, no te preocupes. Yo estaré aquí. Me han propuesto que esté presente. Ves, no tienes nada que temer... Vendrán el miércoles por la mañana, la semana que viene. ¿De acuerdo?

–Yo no he tenido ningún accidente, Eric...

Cuando tu madre está confusa, olvida sistemáticamente tu nombre. No haces caso, aunque tienes un nudo en la garganta.

–Como quieras –murmuras.

–Tengo un poco de hambre –dices mientras te das golpes en la boca del estómago.

Has olvidado la merienda que has preparado para los dos en las alforjas de la moto. Sándwiches de queso y zumo de naranja. Son casi las cuatro. La luz baja con rapidez. En menos de una hora será completamente de noche y habrá que volver. Hasta ahora, ni rastro de una trucha. Dejas a Sébastien. Él vigilará tu caña, nunca se sabe.

–Ahora vuelvo, voy a buscar la merienda.

–No te preocupes –asegura Sébastien–, yo me encargo.

Ya no me noto ni los dedos ni los pies. Estoy congelado. Hecho un carámbano. Anquilosado. ¡Menuda idea ir a pescar con este tiempo! Y, encima, los peces no pican. No es nada sorprendente, deben de estar escondidos en alguna parte en el fango, descansando en el fondo, donde haga más calor. Pasa otra bandada de cuervos por encima de mi cabeza. Los miro alejarse en un cielo del color de una ostra. Las nubes se amontonan al norte. Esperemos que no llueva, solo faltaría eso.

De repente, a mi derecha, una rama cae por la cascada. Gira sobre sí misma. Se zambulle en este tramo del río. Salpica a su alrededor. Presiento la catástrofe. Loïc se ha ido, vaya suerte que tengo. Espero que no tarde. La rama se agita y se dirige hacia los flotadores. Retiro rápidamente el sedal. Pongo la caña en el suelo. El frío me entumece los músculos. No soy lo bastante rápido. Antes de que haya tenido tiempo de recuperar el sedal de Loïc, se enreda en la rama, que se dirige ahora hacia el desagüe. La caña de bambú se desliza por la hierba. Rueda por la pendiente. Nada la detiene en su carrera. Cuando salíamos de casa, Loïc me ha dicho que era la niña de sus ojos. Le traía recuerdos de la infancia.

¡Mira que soy torpe! En el momento en el que creía que la cogía, la caña se ha caído a la charca. Solo queda fuera del agua un extremo. Diez centímetros apenas. ¿Qué hacer? Dentro de un segundo será demasiado tarde.

–¡No es posible! –grito mientras me lanzo para atraparla. La rama enloquecida ya está en los remolinos. Gana velocidad y la caña desaparece a continuación... conmigo. He derrapado sobre la hierba húmeda. Parecía que estaba en un tobogán, boca abajo, con la cabeza por delante.

El agua me llega por la cintura. De golpe, el frío me corta la respiración. El agua se cuela en mis pantalones. Las botas me pesan un montón. El cieno del fondo me atrapa. Tengo la impresión de estar en arenas movedizas. Me he agarrado con las dos manos a unos puñados de hierba. Había olvidado lo cortante que puede llegar a ser la hierba. La quemadura es dolorosa. Me resulta imposible reflexionar. El frío me nubla la mente. Sin embargo, hago pie. Tengo que salir de ahí. Me apoyo con la rodilla en la margen. El suelo está blando. Insisto. La punta de la bota derecha se me mete en un hueco bajo el agua. Empujo con la pierna y me levanto medio metro. El agua helada me anestesia. Por primera vez siento realmente miedo. A costa de un violento esfuerzo que me arranca un juramento, consigo poner una pierna en la margen. Casi estoy. Me arrastro. Subo la otra pierna. Ya tengo las nalgas fuera del agua. El aire exterior casi me parece caliente. Agarro con una mano una raíz a ras de tierra. Eso es. Está bien. Tiro con todas mis fuerzas mientras me incorporo. Por fin, estoy completamente fuera.

Un chasquido. La raíz ha cedido. Estoy casi de pie. Llevado por mi peso, basculo hacia atrás. Caigo de espaldas todo lo largo que soy. El tortazo que me doy contra el agua me arranca un grito. Un chillido que me trago al hundirme. Me entra cieno en las narices, en las orejas, en la boca. Me ahogo. No sé dónde estoy. Me debato. Trago agua. El frío me paraliza. De repente, tengo sueño. Estoy extremadamente cansado. Una extraña sensación de bienestar me invade. ¿Qué está pasando? Tengo que reaccionar. Tengo que... Yo...

–Desnúdate, yo te preparo un baño.

Dejas correr el agua caliente. La bañera se llena. A Sébastien le castañetean los dientes. Está desnudo como un gusano. Blanco como la nieve. Tiene la piel erizada con el vello como astillas. Tiembla. Tiene los labios azulados. El sexo, encogido. Casi resulta cómico. La calefacción del baño está a tope.

–Ahora vuelvo.

Corres a la cocina. Buscas en los armarios. Encuentras una botella de aceite de girasol. Vuelves al baño. El vapor satura la habitación. Apenas ves. Te acercas a la bañera.

–Solo faltaría que ahora te quemara.

Dejas la botella en el borde del lavabo. Te arrodillas. Metes un dedo en el agua. Demasiado caliente. Regulas el grifo. Ya está. Te levantas.

–¿Sébastien?

No hay respuesta. No ves ni jota. ¿Dónde se ha metido? Te tropiezas con un cuerpo. Te inclinas.

–¡Aquí estás! ¿Estás bien?

–Más o menos –responde con voz temblorosa.

–Voy a darte friegas.

Viertes aceite en las palmas de tus manos y empiezas a frotar la espalda de tu amigo. Los hombros. La nuca. Durante un largo rato, vuelcas tus esfuerzos con él. Poco a poco, sientes cómo se le calienta la piel, hasta recuperar la elasticidad. A Sébastien ya no le castañetean los dientes. Lo ayudas a levantarse y a entrar en la bañera.

–Quema –dice.

–Te sentará bien.

Se echa con prudencia, tomándose su tiempo. Lo sostienes por el codo. Una vez instalado, te sientas en cuclillas en las baldosas del baño y respiras profundamente.

Volvías con la merienda. Salías del bosquecillo cuando has oído un grito penetrante.

–¡Sébastien! –has gritado.

De manera inconsciente, lo sabías. Has tirado la merienda al suelo y has corrido hacia el río. Unos segundos más tarde, has visto a Sébastien que se debatía en el agua helada. Solo se le veían las botas. A intervalos irregulares, sus manos batían en el vacío en busca de un asidero ilusorio. Has dudado si lanzarte a ayudar a tu amigo. Te arriesgabas a encontrarte como él, agarrotado por el frío. Seríais dos los ahogados. Con buen juicio, has tomado posición en la margen. Te has echado todo lo largo que eres, separando las piernas y escarbando en el suelo blando con la punta de los zapatos. Después de un intento infructuoso, has conseguido aferrar una bota. Te has quedado con ella en las manos, mientras se vaciaba de agua. La has lanzado lejos. Has agarrado el pie y el

calcetín de Sébastien y has tirado con todas tus fuerzas. El chico estaba al límite. Te has esforzado como un demonio para arrastrarlo hasta la orilla. Has llegado a pensar que no lo atraparías. Sin embargo, lo has logrado.

Sébastien estaba estirado cuan largo era en la hierba. Lleno de agua, la ropa chorreando. No has dudado, lo has desnudado. Sébastien lloraba, le chirriaban los dientes, gemía, escupía un líquido mezcla de fango y bilis. Lo consolabas como podías. Te has quitado el abrigo, el jersey y el pantalón. Se los has puesto mientras lo frotabas tanto como podías. Luego, lo has ayudado a levantarse. Tiritaba, pero se ha recuperado.

–Soy un idiota –decía–. ¡Un imbécil! Perdóname.

Lo has llevado hasta la moto.

–Agárrate bien. Cógete fuerte. Volvemos a toda hostia. ¡Aguanta!

La vuelta en la *mobylette* ha sido un calvario. Tenías miedo de que te soltara y se cayera. Solo conducías con una mano, la otra te servía para mantener firmemente sus brazos contra ti. Lo peor: estabas en calzoncillos y en camisa. Te estabas helando.

–Gracias.

La voz de Sébastien es más enérgica. En cuanto a ti, el calor te ha relajado. Estás a punto de dormirte.

–De nada. ¿Cómo te sientes?

–Destrozado... pero creo que estoy bien.

–Espero que no pilles una bronquitis o una neumonía.

–Un catarro, eso seguro.

Y Sébastien ríe. Lo imitas.

–De menuda hemos salido, ¿eh?

Haces una pausa antes de responder.

–Creo que nos hemos calificado cómodamente para los juegos olímpicos de saltos de río...

Sébastien se levanta. Está de pie en la bañera, chorreando. Le pasas una toalla para que se seque.

–Frótate bien. Voy a preparar un chocolate y algo de comer.

–¿Y las cañas? –pregunta Sébastien.

–Lo he dejado todo allí. Iré a buscarlo más tarde.

–Sabes, tu caña de bambú...

–Lo sé.

Sales del cuarto de baño.

Sébastien te ha dejado ropa mientras la tuya se seca. Te queda demasiado corta y estrecha. En la mesa, delante de ti, a falta de truchas, dos latas de sardinas en aceite y unos tazones de chocolate caliente.

–Repugnante –dice con una mueca Sébastien.

–Lo confirmo...

Masticáis en silencio. Las lámparas del salón están todas encendidas. Necesitáis luz,

mucha. Sébastien se ha envuelto en una manta de lana.

–Gracias –murmura entre dos bocados.

–¿Por qué? –disimulas.

–Por las sardinas...

Un estallido de risa. Y, en el mismo impulso, caéis uno en brazos del otro. Un abrazo rápido. Miradas furtivas y avergonzadas. Luego, volvéis a masticar.

–Más o menos buenas –dices.

–Ya...

–¿No quieres que llamemos a un médico?

–No, estoy bien. De todas maneras, mi padre viene mañana para el fin de semana. Me trae ropa limpia.

–Como quieras.

Más tarde, veis la televisión, sentados en el sofá. Es medianoche cuando decides volver a tu casa. Tu ropa se ha secado en un radiador, te la pones.

–Tienes mi número de teléfono. Si te sintieras mal, avísame.

–OK, gracias.

–¿Cuándo nos vemos?

–No sé. Como te he dicho, este fin de semana está aquí mi padre. Vamos a hacer cosas de padre e hijo. Del tipo mirarse a los ojos e intentar comprenderse. Un auténtico desafío...

–Vale, pero al principio de la semana será un poco complicado. Tengo a mi madre y una cita el martes, en el Centro de Formación de Aprendices. Si quieres, paso el miércoles a primera hora de la tarde, hacia las dos. Quedamos aquí, ¿de acuerdo?

Sébastien acepta de buena gana, antes de acompañarte hasta la puerta.

–¿Estás seguro de que estás bien? –insistes.

–Sí, estoy bien.

–Entonces, hasta el miércoles.

–Vale, hasta el miércoles.

La noche te parece más suave. El aire es menos picante.

–¡Loïc! –llama a tu espalda Sébastien.

Te vuelves.

–Quería... Yo... No... Gracias otra vez...

Haces un gesto con la mano y montas tu orgulloso corcel a motor.

Las dos menos cuarto. Estamos a miércoles. Loïc no debería tardar. Estoy sentado delante del ventanal del salón. Da directamente al portalón y a la carretera. Acecho su llegada, con una manta en los hombros. Me arropo suavemente. El lunes y el martes, me los he pasado en la cama. Con fiebre. He sudado mucho, casi no he comido nada, solo he tragado aspirinas. Ahora estoy mejor.

Un ruido de motor, examino el camino. Solo es un coche. No tengo noticias de Loïc desde el viernes pasado. No estoy preocupado. Tiene bastantes problemas como para, además, ocuparse de mí.

El sábado, a media mañana, mi padre aparcó el coche delante del portalón. Me encontraba bien. Creo que no estaba tan en forma desde hacía mucho tiempo. Mi baño de la víspera me había devuelto la salud. Rebosaba energía. Estaba preparado para afrontar a mi padre, sus preguntas, sus reproches sobre el desbarajuste que reinaba en la casa. Al bajar del coche, miró por encima del capó en dirección a la casa. Llevaba un abrigo y un gorro de lana. Tenía un aspecto ridículo. No sé por qué, pero por primera vez desde el accidente pensé que lo quería. Salí corriendo. El frío me sorprendió, estaba en mangas de camisa. Papá me hizo un gesto con la mano. Sonreía. Fue a abrir el maletero y sacó dos pesadas bolsas de viaje. Normalmente, viaja ligero. Pensé que era mi ropa para la semana. Estaba a dos pasos del coche, cuando la portezuela del copiloto se abrió. Era mi madre. Ella también sonreía...

–Le he propuesto a tu madre que me acompañe y ha aceptado –explicó mi padre.

Estábamos los tres en la cocina. Ellos bebían café, yo chocolate. Mi padre puso una mano en el antebrazo de mamá. Ella le dejó hacer. Un gesto incongruente. Desde que están separados, no se prodigan ya ese género de atenciones. Sus relaciones se resumen en saber a qué hora viene a buscarme mi padre y cuándo me trae de vuelta.

–Pues, sí, Sébastien, hace mucho tiempo que no vengo a Frais-Marais.

Mamá suspiró. Papá le acarició el brazo. O se habían reconciliado o se divertían fingiendo, pero tenían un aire demasiado sincero como para ser una representación. Y yo estaba feliz. ¡Mis padres reunidos! En mi fuero interno, rezaba para que volvieran a estar juntos.

Ni uno ni otro han encontrado su media naranja. Viven solteros, a veces mi madre me habla de los días y los años en los que éramos tres. Lo odio. La mando a paseo. Se enfada. No nos entendemos, aunque añoramos lo mismo: a mi padre.

–Entonces, ¿qué has hecho esta semana solitaria? Estamos impacientes por saber cómo se las apaña nuestro hijo –preguntó mi padre.

–Debes saber que me costó mucho aceptarlo –insistió mamá–. Tú, solo, aquí. Te consideraba todavía como un niño. Mi bebé. Se lo recriminé a tu padre. Y luego, tuve

que rendirme a la evidencia. Mi hijo se hace un hombre. Fíjate, incluso empieza a crecerle barba.

Me tocó la mejilla e hice un gesto de rechazo, antes de cogerle la mano y apretarla contra mi cara.

–¡Ah! Ves, cariño –exclamó mi padre, un poco sentencioso–, no es tan mayor... Todavía necesita que lo mimen.

Se nos unió. Nos abrazamos los tres. Se me inundaron los ojos de lágrimas, y creo que no fui el único al que le pasó.

–Cuéntanos algo de tu semana –me pidió mamá.

Mentí. Cuentos chinos sobre paseos en el bosque, sobre ir en bici a Mézière, sobre veladas delante de la tele, sobre el bien merecido descanso. Todo bien atado sin esfuerzo aparente. ¿Cómo explicarles la visita al hospital, la señora Marchadet, Loïc, mi caída al río y el resto?

–Por cierto, me han robado la bici...

–¿Qué? ¿Con esa bici has ido a Mézière? Y ¿dónde te la robaron?

Otra mentira.

–Delante de la casa. Al volver, la dejé delante del portalón. No sé por qué. Y al día siguiente, ya no estaba allí.

–¡Bah! Te compraré una nueva y de tu talla –dijo papá.

Mamá sacó la ropa limpia en mi habitación y la colocó en el armario. Se indignó ante el desorden que reinaba un poco por todas partes. En seguida se puso manos a la obra. Una hora más tarde, la casa volvía a tener un aspecto decente.

–¿Y qué hace esta botella de aceite de girasol en el cuarto de baño? –preguntó.

Me encogí de hombros. Ella se rio. El timbre de su risa era cristalino. Recuperaba a mi madre. Lejos del trabajo y relajada. Mi padre no tenía nada que ver.

Las dos y cuarto y sigo sin saber de Loïc. Telefono a su casa para asegurarme de que no ha olvidado nuestra cita. Me sale el contestador. No dejo mensaje.

Esta noche ha hecho tanto frío que el hielo ha quebrado las piedras. El cielo está claro, despejado. No sé qué vamos a hacer con un tiempo así. Esta mañana, he hecho los deberes. No los había tocado desde el comienzo de las vacaciones. Me ha resultado menos desagradable de lo que pensaba.

Voy a beberme un vaso de agua a la cocina. En la mesa siguen los billetes que dejó mi padre antes de irse el domingo por la noche.

El fin de semana me pareció muy corto. El tiempo pasó sin darme cuenta. Fuimos a un restaurante en Mézière, luego al cine. Normalmente, me aburro a muerte con mis padres. Van a espectáculos de viejos, les gusta la música de viejos y comen platos de viejos. Esta vez, todo me parecía nuevo. Mamá disertaba sobre sus proyectos, y me enteré de que planeaba llevarme de vacaciones de verano a los Estados Unidos.

–¿Puedo ir yo? –preguntó papá zalamero.

Mamá sonrió y lo besó en... la boca. Me quedé pasmado. ¿En la boca? ¡Si hacía años que apenas se tocaban!

–Otro –dijo papá.

–Deja un poco para mí –refunfuñé.

–Habrá para todo el mundo –prometió mamá.

Un cuento de hadas.

Por la noche, al volver de Mézière, cenamos con velas. Otra cosa de viejos, pero me encantó. Nuestras sombras bailaban en las paredes. Hablábamos en voz baja. Conspirábamos. Reíamos. Papá abrió una botella de champán. Tuve derecho a un dedo en una auténtica copa de champán.

–Es mejor que el vodka, ¿eh? –dijo.

Durante un instante, el tiempo se suspendió. Y, de repente, un gran estallido de risa general rompió el silencio. Nos acabamos las copas.

–Espero que no vuelvas a beber como hiciste, ¿eh, Sébastien?

Más que una pregunta de mi madre, era un deseo. Esta vez dije la verdad.

–Lo juro. Y, además... mentí. No hacía cuatro meses que bebía...

–En cierto modo, ya nos los figurábamos –dijo mi padre.

Me cogió por los hombros y me atrajo hacia él.

–¿Sabes?, yo también lo siento. Ambos hemos pasado momentos difíciles. Espero que podamos superarlos juntos.

–¿De qué habláis, chicos?

Mamá quería estar al tanto. Por supuesto, era imposible. La única sombra en la velada.

–¡De nada! –cortó papá–. Y ahora, el postre. Una caja de bizcochos de soletilla. ¡El gran lujo!

Los devoramos.

El sábado por la noche, empecé a hacerme la cama en el sofá. Solo hay dos habitaciones en la casa. Decidí dejarle la mía a mi padre, y que mi madre se quedara en la otra.

–¿Qué haces?

Mamá estaba en camiseta y pantalón de pijama de hombre. No la oí entrar en el salón.

–Me hago la cama, mamá. Papá dormirá en la mía...

–¡Idiota! Quédate tu habitación. En el peor de los casos, tu padre se las arreglará con el sofá.

–Pero...

–Nada de peros. ¡Haz lo que te digo!

Mamá dio media vuelta y desapareció de la habitación.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, no había nadie en el sofá. Durante el desayuno, papá y mamá parecían incómodos. Me miraban de soslayo.

–¡Venga ya! –exclamé–, que no es para tanto.

El domingo por la noche, vi cómo se alejaban en coche con pena. Mi padre me advirtió que vendría a buscarme el sábado siguiente y que volveríamos inmediatamente, no podía quedarse.

–Nada de tonterías, ¿eh, chavalote?

No era una orden, sino un consejo de mi madre. Confiaba en mí. Algo nuevo para mí.

Para ella también, creo. Después de un último adiós, se fueron.

Dejo mi vaso vacío en el fregadero. Guardo los cinco billetes de veinte francos en un cajón. Cuando mis padres estaban aquí, fuimos a hacer la compra, así que tengo el frigorífico lleno. Estos dos últimos días no he tragado prácticamente nada. Vuelvo al salón y retomo mi puesto de observación.

La he visto enseguida. Delante de la entrada de la casa, hay una furgoneta de la gendarmería aparcada. Son las dos y media. Me acerco al ventanal. Mi respiración empaña el cristal. Lo seco con la manga. Llevo en los hombros la manta que no me he quitado. De la furgoneta baja un hombre de uniforme, luego otro. Se dirigen hacia la parte de atrás, abren la puerta. Loïc aparece, después la moto. Los gendarmes lo ayudan. «Espero que no haya tenido un accidente», pienso. La carretera está cubierta de hielo. La manta cae a mis pies. Me precipito fuera. El frío me traspasa, pero no presto atención.

—¡Loïc!

He gritado. Los dos gendarmes levantan la cabeza. Loïc, no.

Entras el último en la casa.

–¿Estás bien? –pregunta Sébastien.

No respondes. Sigues a los gendarmes hasta el salón. Te mantienes un poco apartado, cerca del ventanal. No te quitas la cazadora. Dejas las manos en los bolsillos.

–Gracias por recibirnos –dice un gendarme.

Después, se presentan por turno.

–Gendarme Porte.

–Gendarme Fabry.

Eran las once de la mañana. Estabas sentado en la cama de tu madre. Delante de ella, estaban desparramadas las fotos de la familia y de los amigos. Desde hace dos días, practicáis un juego que te has inventado. Colocas una decena de fotos en la cama. Parientes y amigos. Pides a tu madre que te diga sus nombres y apellidos. Cuando se equivoca, la corriges. Después, mezclas las fotos, y las recolocas en la sábana. Tu madre debe identificarlos uno a uno. Seguís así hasta que no comete ningún error.

Este miércoles por la mañana, tu madre estaba en forma. Casi no se equivocaba. Estabas orgulloso de ella y la abrazabas a menudo. A ella le encantaba. Y pedía más. Como una auténtica cría, y tú no te resistías al placer de sentirla contra ti.

Desde que le llevaste el perfume, se rocía de buena gana. Incluso un poco demasiado. Pero su olor ha vuelto a ser el de tu madre.

El perfume te ayuda a recuperarla tal como era antes. Consigues decir «mamá» sin que tu voz suene falsa.

Los gendarmes han llamado a la puerta de la habitación 123 antes de entrar. Han saludado y se han presentado a tu madre.

–Gendarme Porte.

–Gendarme Fabry.

El brigada, el gendarme Fabry, era quien hacía las preguntas. Ha interrogado a tu madre, le ha preguntado si recordaba algo. Un rostro. El color del coche que la atropelló. Un trozo del número de la matrícula. Detalles que ella ignoraba. El gendarme ha planteado una última pregunta. Era sobre Sébastien. ¿Recordaba un encuentro entre ella, Sébastien y su padre?

–Su hijo nos ha dicho que ese jovencito la visitó en el hospital –ha precisado...

Los gendarmes habían venido a verte hacía unos diez días, al principio de las vacaciones escolares de febrero. Pura rutina para ellos. Antes de que se fueran les hablaste de Sébastien y de su visita. No sabías por qué lo habías hecho. No pensabas que

fuera importante, pero hacía semanas que no tenías nada nuevo que ofrecerles. Era una información menor, anecdótica, pero al menos no se iban con las manos vacías.

Tu madre ha dudado. Parecía reflexionar, pero sabías que estaba en otra parte. Tenía la mirada fija, el rostro, impasible. Te has acercado a ella. La has cogido por los hombros. La has acunado. Le has susurrado al oído. Imperceptiblemente, ha vuelto al mundo. Los gendarmes esperaban, visiblemente incómodos. Por fin, te ha mirado y ha sonreído. También ha sonreído a los gendarmes.

–Mamá –has dicho–, ¿te acuerdas de la pregunta que acaban de hacerte?

–No.

Se la has repetido. Tu madre ha hecho una pausa y luego:

–Ya... ya no sé. Es todo muy confuso, ¿saben?

–No pasa nada, señora Marchadet.

Y al decir esto, el gendarme Porte pensaba exactamente lo contrario.

–¡Pero estoy segura de que era de noche! –ha exclamado de repente tu madre.

Resplandecía, orgullosa de aportar su contribución a la investigación.

–Gracias por esta precisión –ha dicho el brigada–. Ahora vamos a dejarla descansar...

Loïc, venga un momento con nosotros al pasillo, queríamos hablar con usted.

–Ahora vuelvo, mamá.

Has salido pisándoles los talones a los gendarmes.

–Loïc nos ha hablado de su paso por el hospital. Ha visitado a su madre. Solo la había visto una vez antes, ¿es así? –pregunta el gendarme Porte.

Sébastien palidece. Habría que estar ciego para no darse cuenta. Te comportas de la manera más discreta posible. Piensas en otra cosa. Has notado cómo ha cambiado el interior de la casa. Nada tirado por el suelo. Alguien ha pasado el aspirador. Hasta han limpiado los cristales del ventanal.

–Sí –responde Sébastien.

–¿Podría hablarnos un poco más sobre las circunstancias de aquel encuentro?

La voz del brigada no revela emoción alguna. El tono es neutro. Sébastien lanza una mirada en tu dirección. Bajas los ojos. Te invade un sentimiento de vergüenza. Es tu colega. Es Sébastien. Pero eres incapaz de ayudarlo después de lo que acabas de saber.

–Queremos hablar con usted –ha comenzado el gendarme Porte, una vez en el pasillo–. Hay novedades en la investigación.

Una limpiadora se dirigía hacia vosotros. Empujaba un carrito lleno de productos de limpieza. En la mano derecha llevaba una escoba.

–Venga, bajemos al vestíbulo, estaremos mejor.

Uniendo el gesto a la palabra, el brigada ha dado media vuelta y ha echado a andar. Lo has seguido, acompañado por el segundo gendarme. En el vestíbulo de entrada del hospital, habéis elegido el rincón más tranquilo y, sin titubear, el brigada ha tomado la palabra.

–Un coche del color y de la marca, creemos, que atropelló a su madre, ardió en un

área de la autopista a unos cientos de kilómetros del lugar del accidente. Por si acaso, hemos investigado. El coche pertenece al padre de Sébastien. Actualmente está en un desguace. Ya hemos enviado investigadores en busca de indicios. También sabemos que el padre de Sébastien tiene una casa en Frais-Marais. Lo que, por supuesto, no implica una relación entre el accidente y él, pero ha despertado nuestro interés.

Callabas. Intentabas ordenar tus ideas. ¿Sébastien? ¿Su padre? ¿Un coche quemado? ¿Unos cientos de kilómetros?

—He... —balbuciste—, he quedado con Sébastien esta tarde, en su casa...

Te has callado de repente. ¿Qué importancia podía tener para ellos?

—También nosotros habíamos pensado ir a echar un ojeada. No sabíamos que el chico estaba allí. ¿Quiere acompañarnos? Su presencia puede ayudarnos y ya ha quedado con él... ¿Hasta qué hora va a quedarse en el hospital con su madre?

—Hasta... Es que Sébastien y yo... tenemos que vernos a eso de las dos.

—Perfecto —ha dicho el brigada—. Pasamos a recogerlo aquí a las dos, llegaremos dentro de menos de media hora.

—Pero yo voy en *mobylette*.

—La meteremos en el furgón, hay sitio.

Has aceptado y os habéis separado. Al volver a la primera planta en la que estaba la habitación 123, ya no sabías qué pensar.

Sébastien ha terminado su explicación. Como mínimo, es embrollada. Los gendarmes no lo han interrumpido. Lo han dejado hablar, y se ha contradicho demasiado a menudo. Miras a través del ventanal. Ves la moto, apoyada en el portalón. La escarcha en la copa de los árboles no se ha fundido. Anotas mentalmente cada detalle, como si fueran de una importancia capital. La voz del brigada Porte te pilla desprevenido, te devuelve a la realidad.

—Y usted está solo aquí, ¿no es así?

—Sí.

Sébastien está visiblemente alterado. Se retuerce los dedos. Su respiración es entrecortada y se interrumpe con breves apneas.

—¿Sus padres acostumbran a dejar solo a su hijo en el campo?

—No. Pero insistí. No les quedó más remedio...

—¿Por qué? —corta el gendarme Fabry, es la primera vez que toma la palabra.

—Porque...

Sébastien no acaba la frase. El silencio se hace opresivo. No te atreves a moverte. A Sébastien no le llega la camisa al cuerpo.

—Bien —continúa el brigada Porte—. Volveremos sobre eso más adelante. ¿Cuándo vienen a buscarlo sus padres?

—El sábado. Mi padre. Mis padres están divorciados...

—Lo sabemos —dice el brigada.

Sébastien está blanco como el papel. Si los gendarmes saben que sus padres están divorciados es que los están investigando.

–Vamos a convocarlo en la gendarmería de Mézière este sábado por la tarde. Tenemos algunas preguntas que hacerle. Si no le importa, venga usted con él.

–¿Qué ocurre? –pregunta Sébastien, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

Le tiembla el labio inferior de un modo incontrolable. Empieza a bailotear pasando de un pie al otro.

–No se preocupe –lo tranquiliza el brigada–, simple rutina. Estamos reuniendo todos los indicios susceptibles de hacer avanzar la investigación sobre el accidente de la señora Marchadet, *la madre* de su amigo Loïc.

Ha recalcado el final de la frase. Suena como un reproche. Te sientes incómodo. Nunca has vivido una situación semejante. Querrías estar en otro sitio. Querrías no haber conocido nunca a Sébastien.

–Bueno, nos vamos. Adiós... ¿Se queda, Loïc?

La pregunta del gendarme Porte es puramente retórica. La entonación de su voz es la que se usa para dar una orden.

–Sí –respondes, pero nadie te oye, solo ha sido un murmullo.

Los gendarmes se van. No piden que los acompañes. A través del ventanal, los ves alejarse, subir a la furgoneta y marcharse. Te quedas un buen rato mirando fuera.

–¿Loïc?

Sébastien está junto a ti.

–Sí.

–No... No creo que...

–¿Qué? –dices.

Clavo la hoja con chinchetas en la puerta de entrada. Antes, he cogido los billetes de veinte euros que había guardado en un cajón de la cocina. Me los he metido en el bolsillo interior del anorak. Para más seguridad, he puesto una copia de la misma nota en la mesa del salón. Y otra en la de la cocina. Presiono con fuerza. Las chinchetas penetran en la madera. Cierro con llave y cojo el camino que lleva al portalón. Cada vez que respiro se filtra vapor entre mis labios. He tenido la precaución de prepararme la maleta. La he dejado en la entrada, bien a la vista. Mi padre solo tendrá que cogerla.

He pedido un taxi por teléfono hace unos veinte minutos. Lo espero. Estoy de pie delante del portalón de la casa. La miro una última vez. Tengo la impresión de que no volveré a verla nunca más. Es una estupidez.

Esta noche, he soñado que a mi padre y a mí nos detenían y nos metían en la cárcel. Ocupábamos la misma celda. Papá me reprochaba que lo hubiera denunciado. Gritaba. Levantaba la mano como si fuera a golpearme. Me he despertado empapado en sudor hacia las dos de la madrugada. Tenía las sábanas pegadas a la piel.

Le he mentido.

Después de que se fueran los gendarmes, nos hemos quedado en el salón. Loïc no se ha quitado la cazadora. Seguía con las manos en los bolsillos. Veía en su expresión que no se creía lo que le contaba. Me escuchaba, atento, pero a menudo distante, como si no le concerniera. A veces enarcaba las cejas o hacía una mueca dubitativa. Su actitud me contrariaba. Quería convencerlo a toda costa de una coincidencia entre el accidente de su madre y el incendio del coche de mi padre. Pero las coincidencias, en mi penosa explicación, eran demasiado numerosas.

¿Cómo confesarle la verdad sin perder lo poco que me quedaba?

Si mi padre no hubiera traído con él a mi madre el pasado fin de semana. Si no hubiera ido todo tan bien. Si no esperase, después de años de separación, que mis padres pudieran considerar de nuevo una vida en común. Si la vida los tres juntos, en tan solo dos días, no hubiera reavivado los recuerdos que creía perdidos para siempre. Sin todos esos «si...», y algunos más, habría confesado a Loïc mi secreto.

Sin embargo, no he podido. La esperanza de recuperar a mis padres tal como los he querido siempre me impedía ser sincero.

–¿Has acabado? –ha gruñido Loïc, sin casi separar los labios.

–Sí.

Ha hecho un gesto, el de alguien que se dispone a hablar. Ha encogido ligeramente los hombros, ha aflojado las mandíbulas. Pero nada. Me ha mirado directamente a los ojos. ¿Lo había comprendido todo? ¿O bien sospechaba algo? De repente, se le ha aflojado el cuerpo. He tendido los brazos para sujetarlo, creyendo que iba a desplomarse. Los ha

apartado con un movimiento brusco de la mano, antes de girar sobre sus talones. Ha salido de la casa. Desde el salón, lo he visto recorrer el camino hasta el portalón. Ha subido a la moto. Se ha ido.

Me he pasado dos días intentando localizarlo por teléfono. Siempre me he topado con el contestador. Le he dejado varios mensajes en los que le decía que teníamos que vernos. No nos podía separar un malentendido. Mi voz revelaba mi angustia. Sin embargo, Loïc no ha llegado a contestarme. Ayer viernes, ya tarde por la noche, volví a intentarlo. Siempre daba señal de ocupado. Había debido de descolgar.

No he tomado la decisión hasta que me he levantado esta mañana.

El taxi llega. Es un Mercedes enorme. Aparca. Abro la puerta de atrás y entro en el coche.

–Buenos días. ¿No hace calor, eh? Pero hará sol este sábado, lo han anunciado en la radio –dice el conductor como saludo.

–Voy al hospital de Mézière.

–Nada grave, espero –dice el hombre, y arranca en seguida sin esperar respuesta.

Mi padre llamó el miércoles por la noche, el día en el que los gendarmes vinieron a casa. Me confirmó lo del sábado. Llegaría hacia las once de la mañana.

¿Ya había recibido la citación de la gendarmería? No quería abordar ese tema el primero. Charlamos sobre algunas banalidades.

¿Debía advertirlo? ¿Informarlo de la visita de los gendarmes? Sin embargo, era necesario que le diera mi versión. Mi única experiencia en materia de policía se reducía a los filmes y los telefilmes, en los que a los culpables siempre los pillan porque llega un momento en el que se contradicen. Debíamos por fuerza sostener el mismo discurso. Elaborar un plan. Ponernos de acuerdo antes del interrogatorio del sábado por la tarde.

–¡Ah! Otra cosa, te había dicho que nos iríamos inmediatamente, pero hay un pequeño cambio. Tengo una cita en Mézière a las dos. Un artesano. En fin, ya ves... Así que compraré algo de comer de camino al mediodía. Después de almorzar, me esperarás en casa y, cuando vuelva, nos iremos enseguida.

Mi padre mostraba una naturalidad desconcertante. Hablaba con tono tranquilo. No quería, visiblemente, implicarme y parecía no saber que los gendarmes me habían pedido que estuviera presente.

–¿No quieres que te acompañe?

–No, no hace falta, soy bastante mayor para apañármelas solo. Las cuestiones sobre el tejado no deben de apasionarte, ¿no?

Río de un modo forzado, luego cambió de tema.

Entramos en Mézière. El conductor del taxi refunfuña por un tráfico que, sin embargo, no me parece tan terrible. Al final de la avenida distingo el hospital.

–Por favor, déjeme aquí, tengo ganas de caminar.

–Como quiera.

El conductor aparca en doble fila, con el motor en marcha. Le doy un billete de veinte euros.

–Guárdese el cambio.

–¿Está seguro?

–Sí.

Salgo del coche. Ni siquiera he mirado el importe. Estoy impaciente por caminar. Siento la necesidad de cansarme.

Subo la avenida tomando la acera de la derecha. Camino a buen paso con la mirada fija en el hospital. En menos de diez minutos estoy delante de la puerta principal. No entro. Me dirijo hacia el aparcamiento para motos. En general, los sábados las visitas son más numerosas. Por eso hay más motos, pero reconozco inmediatamente la *mobylette*. Me acerco. Sí, es esa. Loïc está aquí, con su madre.

Entro en el hospital. Reina un calor insoportable. Me ahogo. Me quito la cazadora. La sala de espera a mi derecha está a rebosar; la gente ocupa los asientos al asalto. Prefiero quedarme en el vestíbulo. Para simular naturalidad, me meto la mano en el bolsillo del pantalón. Noto algo. Un papel arrugado. Es el borrador del mensaje que le he dejado a mi padre. Aliso la hoja con la palma de la mano. Leo: *Papá, por favor, reúnete conmigo en el hospital de Mézière. Es urgente. Pero nada grave, tranquilo. Estoy en la habitación 123. Sébastien.*

Son las once y media cuando el Rover de mi padre aparece. En un acto reflejo, me escondo detrás de un poste, pero, de todos modos, no puede verme. Espero a que haya girado a la izquierda hacia el aparcamiento, luego me dirijo hacia la escalera que lleva a la planta. Espero un minuto más y subo.

En el pasillo, me cruzo con la auxiliar que ya conozco.

–Vaya, jovencito, ¿estamos secos hoy?

No le respondo.

–¡Pues vaya! ¿De mal humor? –exclama, sin reducir su velocidad ni renunciar a su sonrisa burlona.

Habitación 123. Me quedo delante de la puerta cerrada, rogando que nadie la abra desde dentro. Una enfermera pasa sin prestarme atención. Espero. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco minutos. Parece una eternidad.

De repente, ahí está mi padre. Ha debido de subir las escaleras de cuatro en cuatro. Está sin aliento. Se le ha salido del pantalón una punta de la camisa. Parece enloquecido. Duda un momento, antes de verme.

–¡Sébastien! –grita.

El sonido de su voz resuena en el pasillo. Se lanza en mi dirección. Corre. El linóleo chirría con cada uno de sus pasos.

–¿Qué ocurre? –dice al llegar a mi altura.

Tengo un nudo en la garganta. Las piernas apenas me sostienen. Antes de que papá tenga tiempo de entenderlo, abro sin llamar la puerta de la habitación 123. Agarro con firmeza a mi padre por el codo y lo obligo a seguirme.

–Qué es lo que... –empieza, sin acabar la frase.

Sentado en la cama de tu madre, de espaldas a la puerta de entrada, no te inmutas cuando se abre. Estás habituado a las enfermeras y a los médicos que entran sin llamar.

–¡Oh! ¡Qué amables! –exclama tu madre.

Se incorpora y la manta resbala al suelo. Te inclinas para recogerla. Al levantarte, te sorprende el inusual silencio que reina en la habitación. Intrigado, te vuelves. De pie, uno al lado del otro, Sébastien y un desconocido. Adivinas de quién se trata. El parecido entre el hijo y el padre es sorprendente.

Estos últimos días, cuando volvías a tu casa por la noche, después de pasar el día junto a la cabecera de tu madre ayudándola a reconstruir los muros derruidos de su memoria, estabas agotado. Te desplomabas en el sofá, cerrabas los ojos e intentabas no pensar en nada. Sobre todo ni en Sébastien ni en su padre. Ya no tienes ganas de saber la verdad. Sébastien ha sido para ti un amigo. Sin duda el único chico con el que has llegado a simpatizar desde hace mucho tiempo. Entre él y tú ha habido una afinidad cercana a la fraternidad. Ha ocupado un sitio importante en tu vida.

El jueves y el viernes, Sébastien dejó numerosos mensajes en tu contestador. Los escuchabas antes de borrarlos. Nunca contestaste a las llamadas. Tenías miedo. Miedo de que su padre esté implicado en el accidente. Miedo de enterarte de que Sébastien te ha mentado desde el principio. Al final, descolgaste y dejaste el auricular al lado del teléfono.

–Buenos días, señora Marchadet.

Sébastien ha roto el silencio. Su padre no dice ni esta boca es mía y parece azorado.

–¡Buenos días, Sébastien!

–Le presento a mi padre. Ha venido especialmente a visitarla... Papá, te presento a la señora Marchadet. Está aquí porque ha sido víctima de un grave accidente de circulación y...

–Vámonos –corta el padre de Sébastien.

–... y el coche que la atropelló se dio a la fuga –continúa Sébastien.

–Vámonos, te digo.

Coge la mano de su hijo, pero este se aparta rápidamente.

–¡Venid a darme un beso!

Tu madre está radiante. Tiende los brazos hacia Sébastien y su padre. Los observas. Todavía no has decidido qué comportamiento adoptar. Sin embargo, solo tienes un deseo, saltar sobre ese hombre y molerlo a palos.

Lees en sus ojos una mezcla de miedo y sorpresa. Ahora estás seguro. Él conducía el coche. Él se dio a la fuga. Sébastien estaba sentado a su lado el día del accidente.

–¿Qué es esta mascarada? –se rebela el padre.

Sébastien le cierra el paso, impidiéndole salir.

–Papá, te presento a Loïc, el hijo de la señora Marchadet. Estaba en el coche de su madre cuando la embistieron. Lo vio todo. Y además, una cosa que no sabes es que me salvó de morir ahogado. Loïc, mi padre.

Ni pestañas. No haces ningún gesto. En la habitación, reina una tensión palpable. Excepto para tu madre.

–¡Pero acercaos, vamos!

Sigue con los brazos tendidos, las manos abiertas y los dedos ampliamente separados. Sébastien empuja a su padre por la espalda. Este se resiste. Se cabrea. Su rostro está muy serio. Una gruesa vena azul le late en la frente. El sudor le perla las sienes.

–Vámonos –repite.

–¡Aún no! –grita tu madre.

–Por favor –dices agarrando con firmeza el brazo del hombre.

Tu voz es inexpresiva. Lo obligas a avanzar hacia la cama de tu madre. Sébastien te ayuda empujándolo por la espalda.

–¡Pero dejadlo ya, maldita sea! ¡Parad!

Frena con ambos pies. Se agarra a un barrote de la cama. Tú lo sueltas.

–¿Y si jugamos al *Mille bornes*? –propone tu madre.

–¿No tiene nada que decirle a mi madre? –preguntas.

El padre de Sébastien farfulla algunas palabras confusas.

–¿Perdón?

Le pones la mano en el hombro. Se sobresalta. Eres casi tan alto como él. Bastaría un movimiento, una mala reacción por su parte y te lanzarías sobre él. Las ganas de iniciar una pelea se vuelven imperiosas. Es él, el fugitivo que te ha robado a tu madre. Él. ¡Él!

–¿Sabes, papá? Hace un tiempo que me pregunto qué haría yo si tuviera entre mis manos a la persona que, por ejemplo, te hubiera herido y se hubiera dado a la fuga. Un personaje tan cobarde tendría quizá una familia, un hijo o una hija. ¿Cómo se comportaría? Y si el hijo o la hija lo supiera, ¿qué haría? ¿Qué piensas de eso, papá?

Sébastien ha hablado pausadamente, como si recitara un texto aprendido de memoria. Has notado cómo el hombro de su padre inmediatamente se desplomaba bajo tus dedos. Tus ganas de pelea se han esfumado. Es un hombre lamentable. Piensas en tu propio padre. Apenas lo conociste.

Te quedas mirando largamente a Sébastien, después vuelves la vista a su padre. Este baja la mirada. Sientes a la vez asco y piedad... Y, de repente, tu elección está hecha.

–No entiendo por qué hablamos de todo esto. Venga, Sébastien, vámonos –dice su padre.

Da media vuelta. Está blanco como un fantasma. Se dirige hacia la puerta. No lo retienes. Ahora, ya no cuenta para ti. Solo te importa la amistad...

–No os iréis ya, ¿no? –se inquieta tu madre–. Y ¿qué pasa con el *Mille bornes*?

Sébastien se aparta y deja pasar a su padre. No te ha quitado la vista de encima. Las lágrimas le ruedan por las mejillas.

–Gracias –murmura.

No tienes fuerzas para responderle. Haces una vaga señal con la cabeza.

–Vámonos –dice Sébastien–. Creo que tenemos una cita a las dos en la gendarmería.

¿No es así, papá?

–Sí... La gendarmería... Sabías... A las dos...

Salen. La puerta queda abierta. Vas a cerrarla.

La calma ha vuelto a la habitación. Tu madre se ha vuelto a echar. Ha cerrado los ojos y parece estar adormilada. Desde el accidente, tiene la facultad de dormirse en cualquier momento. Casi como si se apagara una luz.

Te acercas a la ventana. Miras abajo. Desde donde estás, puedes ver la entrada del hospital. De repente Sébastien y su padre aparecen. Todavía van cogidos de la mano. Los ves dirigirse a la izquierda, hacia el aparcamiento. Cinco minutos más tarde, ves un Rover que se dirige hacia la salida del hospital. Una vez en la avenida, se incorpora a la marea del tráfico. Lo pierdes de vista.

–No soy tan tonta...

Tu madre se ha despertado.

–¿Qué dices, mamá?

–Digo que no soy tan tonta, Loïc. Sé perfectamente quién es ese señor que acompañaba a Sébastien. Me acuerdo de él, ¿sabes?

Dudas unos segundos antes de preguntar:

–Y ¿quién es, mamá?

Notas

* Juego de cartas francés que emula las carreras de coches. (*N. de la T.*)

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
DELITO DE FUGA	4
1	5
2	8
3	10
4	15
5	19
6	22
7	25
8	29
9	34
10	38
11	42
12	48
13	51
14	55
15	59
16	63
17	67
18	69
19	72
20	76
21	80
22	84
Nota	87